LOS HOMBRES de la historia



La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Centro Editor de
América Latina

Erasmo

Alberto Tenenti

LOS HOMBRES *de la historia* 114

Erasmo nació en Rotterdam en 1466 dentro de una burguesía que en esta época era internacional, tanto en el plano de la cultura como en el de la economía y a lo largo de los setenta años de su vida asistió a procesos decisivos tales como el advenimiento de una nueva mentalidad en la técnica y en la ciencia, la unificación dinástica en algunos ámbitos nacionales, la constitución de una burocracia propiamente dicha, el pasaje de la economía mediterránea a la economía oceánica, la reconstitución del poder económico-social de la nobleza, la afirmación de un sentido laico y autónomo de la moral, la funcionalizacion de las creencias religiosas en el interior de las iglesias nacionales, el surgimiento en fin, de una visión puramente humana de la civilización y de la historia. Erasmo fue uno de los mayores protagonistas de su tiempo. La peor manera de comprender su acción y evaluar su grandeza sería, por lo tanto, apartarlo del mundo en que vivió, en el que tanto amo vivir y dejar de señalar este gusto genuino por la vida que él sintió bajo aspectos tan diversos, participando intesamente hasta el límite de sus fuerzas. A través de la figura de este humanista flamenco es posible entrever un mundo cultural en el cual la función del escritor se concibe y se vive en modo distinto que entre la mayor parte de los exponentes del humanismo italiano: ni como desencantada expresión artistica de la realidad ni como teorización más o menos partidiaria de los intereses de un ambiente, de una clase, de un individuo o de una institución. Maestro del diálogo, y capaz de desplegar en el diálogo el máximo de eficacia, Erasmo es un protagonista antes que nada porque tiene un auditorio, interlocutores, un público, gracias al cual se convierte, en la escena de su época, en primer actor. En otras palabras, en Erasmo se puede descubrir en el humanismo nórdico el aspecto de un proceso vasto y orgánico que abarca a los países al norte de los Alpes, tan vital y positivo que puede ser considerado como una segunda y más progresiva fase del denominado Renacimiento. Murió en julio de 1536.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Los Rothschild
101. Cavour
102. Laplace
103. Jackson
104. Pavlov
105. Rousseau
106. Juárez
107. Miguel Angel
108. Washington
109 Salomón
110. Gengis Khan
111. Giotto
112. Lutero
113. AKhenaton

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán

Director Responsable: Pasquale Buccomino

Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

113 - Erasmo - Humanismo y Contrarreforma
Este es el tercer fascículo del tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2)
La lámina de la tapa pertenece al tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo 113:
SNARK: p. 58 (1,2); p. 61 (1,2); p. 64 (2); p. 67 (1,2,3); p. 69 (2,3,4); p. 74 (3); p. 75 (1,4); p. 77 (1); p. 81 (2); p. 83 (1,2,3). Mansell collection: p. 81 (1). ACI, Bruselas: p. 79 (3).

Traducción de Antonio Bonanno

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Agosto de 1970.

Erasmo

Alberto Tenenti

1466
Erasmo nace en Rotterdam, hijo de Margarita y de Gerardo.

1475
Ingresa en la escuela de los Hermanos de la Vida Común de Deventer.

1477
Carlos el Temerario, duque de Borgoña, pierde los estados que gobierna y la vida en Nancy: el condado de Holanda pasa al Imperio.

1483
El humanista Egio pasa a ser director de la escuela de Deventer.

1484
Muerte de Margarita. Erasmo deja la escuela de Deventer.
Posteriormente muere también el padre de Erasmo. Éste ingresa en la escuela de los Hermanos de la Vida Común de Hertogenbosch.

1487
El convento de los canónicos regulares agustinos de Steyn, cerca de Guda, acoge a Erasmo, quien poco después pronuncia allí los votos solemnes.

1492
25 de abril. Erasmo es ordenado sacerdote.
Pocos meses después entra al servicio del arzobispo de Cambrai y permanece en Brabante, sobre todo en Bergen.

1494 aprox.
El secretario de la ciudad de Bergen, Jacobo Batt, obtiene para Erasmo la autorización para continuar en París los estudios de teología.

1495
Erasmo llega al colegio Montaigu de París.

1496
Primavera. Se enferma, y en el verano abandona Montaigu. El humanista firma por primera vez como Desiderius (aparte de Erasmus Roterodamus).
En otoño Erasmo se convierte en repetidor en una pensión de jóvenes estudiantes nobles ingleses.

1497
Erasmo obtiene el bachillerato en teología.
En julio pierde su puesto de preceptor privado.

1499
Verano. Primer viaje a Inglaterra.
En otoño Erasmo es huésped del Saint Mary's College de Oxford.

1500
Enero. De regreso de Inglaterra, desembarca en Boulogne y poco después llega a París.
Junio. Primera edición parisiense de los *Adagios.*

1501-1504
Erasmo pasa este período en los Países Bajos. En 1502 estará en Lovaina. En el invierno de 1504 vuelve finalmente a París, donde vive en medio de grandes dificultades económicas.

1505-1506
Viaje a Londres. En Inglaterra edita la primera colección de sus cartas.

1506
Junio. Obtiene un contrato de un año para acompañar en Italia a dos jóvenes genoveses.
Fin de agosto. Cruce de los Alpes a caballo.
4 de setiembre. Erasmo obtiene el grado de doctor en teología en la Universidad de Turín.
11 de noviembre. Erasmo asiste al ingreso de Julio II en Bolonia.

1507
Pasa diez meses en Venecia junto a Aldo Manuzio.

1508
Otoño. Erasmo se encuentra en Padua, donde da lecciones al joven Alejandro Estuardo, arzobispo de Saint-Andrew (Escocia).
Aparece en setiembre la edición de los *Adagios* impresa por Manuzio.
Erasmo pasa el invierno en Siena, luego de una breve permanencia en Ferrara.

1509
En los primeros meses del año Erasmo visita Roma, Nápoles y otras ciudades italianas. En el verano vuelve a Londres, donde permanecerá hasta abril de 1511, à menudo huésped de Tomás Moro.

1511
Primavera. Viaje a París para la edición del *Elogio de la locura.*
Agosto. Erasmo enseña griego en Cambridge.

1512
Marzo. Erasmo recibe el beneficio de las rentas de Aldington (Kent) del arzobispo de Canterbury.

1514
15 de agosto. Luego de partir de Inglaterra en julio, Erasmo llega por primera vez a Basilea.

1515
Abril-mayo. Breve viaje a Londres.
Holbein diseña en Basilea la portada de la edición del *Elogio de la locura.*
Julio. Segunda permanencia de Erasmo en Basilea, hasta mayo siguiente.
Otoño. El humanista es nombrado consejero de la corte en Borgoña.

1516
Marzo. Primera edición greco-latina del Nuevo Testamento, obra de Erasmo. Froben edita la *Institución de los príncipes cristianos.*

1517
Aparece la *Querela pacis,* compuesta el año anterior.
En marzo, viaje de Erasmo a Inglaterra.
Desde 1517 a 1521 Erasmo permanecerá en diversas localidades de Brabante.

1519
14 de abril. Erasmo interviene en favor de Lutero ante el elector Federico de Sajonia.
30 de mayo. Primera carta de Erasmo a Lutero.
Junio. Erasmo intima a Froben a no publicar más obras de Lutero, amenzándolo con abandonarlo.

1520
Julio. Francisco I y Enrique VIII, reunidos en Calais, solicitan la opinión de Erasmo acerca de los primeros planteos del luteranismo.

1521
27 de octubre. Erasmo deja Lovaina en dirección a Basilea, a través de Coblenza, Maguncia, Worms, Espira y Estrasburgo

1522
Tercera gran edición de los *Coloquios*, publicada por Froben.
Adriano VI incita a Erasmo a combatir a Lutero.

1524
Setiembre. Erasmo publica *Sobre el libre arbitrio*, editado por Froben.

1526
Lutero replica al humanista.
Erasmo contraataca a la réplica.

1527
Otoño. Muerte de Juan Froben.

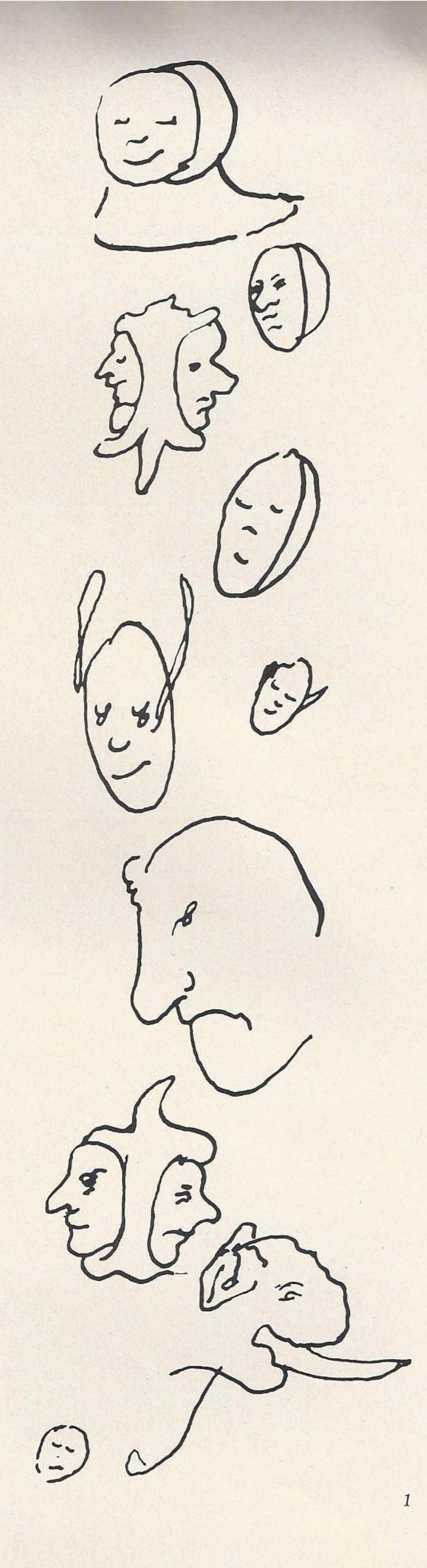
1529
Abril. El erasmiano Berquin es quemado en París por motivos "religiosos". Erasmo parte de Basilea hacia Friburgo.

1531
Setiembre. Erasmo abandona el palacio imperial de esta ciudad, donde era huésped del emperador Fernando, y se instala en una casa de su propiedad.

1533
Llamado de Erasmo a la conciliación religiosa (*De sarcienda ecclesiae concordia*), que suscita la ira de Lutero.
Erasmo, enfermo durante casi todo el año, escribe el último de los *Coloquios*.

1535
Se habla de la elevación de Erasmo al cardenalato.
Pablo III acuerda al humanista la prepositura de Deventer, con el beneficio de 600 florines anuales.
Agosto. Erasmo abandona Friburgo y vuelve a Basilea, a lo de Froben.

1536
12 de febrero. Erasmo redacta su último testamento.
11-12 de julio. Muerte de Erasmo, quien deja una fortuna de algunos millares de ducados, aparte de la colección de obras de arte de su propiedad.





1

1. *Dibujos marginales de Erasmo en un ejemplar del* Elogio de la locura.

2. *Rotterdam y Guda, lugar de nacimiento de Erasmo de Rotterdam.*

El Humanismo flamenco

Con la Italia centro-septentrional, Flandes constituía una de las regiones más florecientes de Occidente, y que en mayor medida había caracterizado su civilización entre el fin del siglo XIV y XV. Como le ocurriera a la península mediterránea casi una veintena de años antes, Flandes vio quebrarse su orden político en la segunda mitad del siglo XV. También el condado de Holanda, que constituía su zona septentrional, había pertenecido por más de un siglo a los estados de los poderosos duques de Borgoña. Pero cuando el futuro campeón del humanismo nórdico nació en Rotterdam, el dominio de estos últimos estaba llegando a su fin. Una decena de años más tarde, en efecto, el mismo se dislocaba con una rapidez impresionante, a continuación de la derrota y la muerte de Carlos el Temerario en Nancy (1477). Surgía así uno de los problemas que incidirían más largamente en la política europea; exactamente como ocurrió luego de la ruptura del equilibrio político italiano, en el mismo siglo XV.

El condado de Holanda, si bien exultante por la desaparición del terrible duque que lo había dominado con tanta dureza, sólo escapó en parte al dominio de la casa borgoñesa. María, hija del Temerario, se había casado con Maximiliano de Austria, y Flandes era la dote que había aportado al matrimonio. Así, Flandes entró a formar parte de los territorios de los Habsburgo y también imperiales, ya que Maximiliano había sido elegido al trono de su padre, Federico III de Habsburgo. Sin tener de sacro nada más que cualquier otro estado europeo, su Imperio no era romano sino exclusivamente germánico. En la segunda mitad del siglo XV se trataba, entonces, de un conjunto multicolor de dominios feudales, ciudades libres y principados eclesiásticos, no sin alguna región que ambicionaba erigirse en reino autónomo.

Apenas muchacho, Erasmo acumulaba ya tres pertenencias: a la tierra y al ambiente flamenco por el nacimiento, a la civilización borgoñesa por la coyuntura histórica y al imperio por accidente dinástico. El ser súbdito del emperador no imprimió sobre él ninguna huella profunda: nunca se sintió germano, ni siquiera en aquellos años que pasó, ya anciano, en Friburgo; permaneció fundamentalmente ajeno al mundo germánico, por temperamento, experiencia y convicción. Borgoñés, ciertamente, lo será mucho más, tanto por los vínculos de amistad y de orden económico con el Brabante del joven Carlos de Habsburgo, como por aquella capacidad de fusión fecunda de aspectos y de grados de culturas diversas, que caracterizaban justamente a la cultura borgoñesa.

En cuanto a la Holanda del siglo XV, la misma preparaba aun inconscientemente su propio futuro estatal, que sólo florecería

1. Detalle de P. Bruegel, El asno en la escuela, *grabado.*

2. Retrato de Erasmo, anónimo (París, Bibl. Nac.).

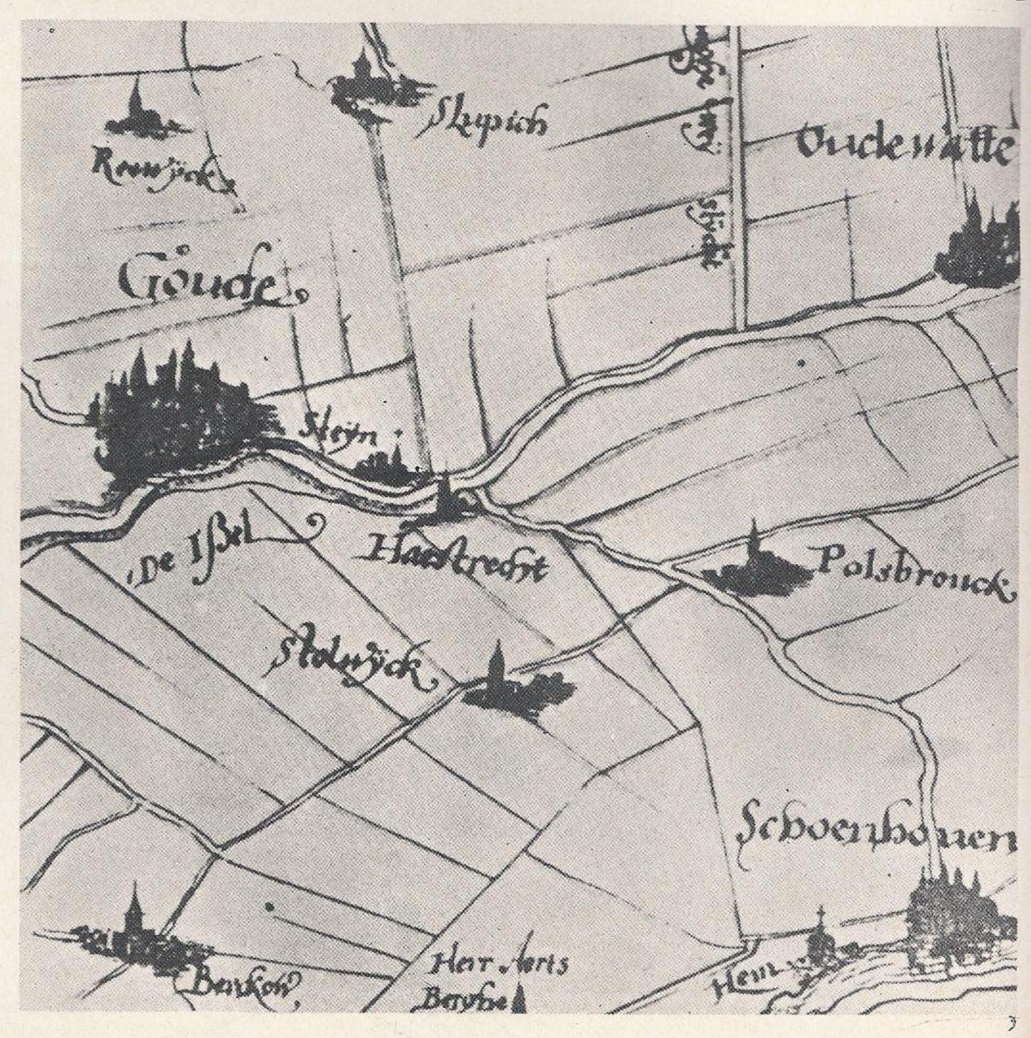
3. La ciudad de Guda y alrededores, en una estampa de la época (París, Bibl. Nac.).



1



2



3

en la segunda mitad del siglo siguiente luego de la cruenta lucha contra el catolicismo y los Habsburgo. La patria de Erasmo era, en la época de su juventud y hasta de su madurez, una región sin pretensiones reales de autonomía: nacer en ella significaba algo mucho menos preciso que ser inglés, italiano o francés. Ajeno a la realidad ético-social del Imperio, carente del sentimiento de pertenencia a una nación particular, el humanista flamenco tuvo una única seria pertenencia: a la *societas christiana* del Occidente europeo. Su obra es la mejor demostración de ello; su existencia misma transcurrirá en Francia y en Inglaterra, en Flandes y en Italia, en Alemania y en Suiza.

Se trataba de un fenómeno de carácter medieval. La burguesía de esta época, de la que el humanista es indudablemente hijo, era una clase internacional, tanto en el plano de la cultura como en el de la economía. Las ciudades que constituían su urdimbre eran otros tantos centros de comunión humana entre individuos de procedencias diversas y focos de intercambios de todo tipo. Elemento de primera importancia en el caso de Erasmo, las órdenes monásticas y la misma Iglesia eran organismos europeos que acusaban en medida aún reducida las disparidades locales. Por otra parte, esta Europa cuyos varios estados se estaban formando no tenía todavía, en el momento del nacimiento del futuro humanista, un aspecto de alguna manera nacional. En lugar de España existían los reinos de Aragón, de Castilla y de Granada; una parte importante de Francia le había sido sustraída a Luis XI por el duque de Borgoña; la unidad de Italia ni siquiera era una ilusión, e Inglaterra —a la que no pertenecía Escocia— estaba desgarrada por una ferocísima guerra intestina denominada "de las dos Rosas". Inútil hablar del Imperio, al que hemos mencionado. El único estado que había casi alcanzado sus dimensiones político-dinástico-territoriales era la Polonia de los Jagellones. Erasmo vivió setenta años, y en ese lapso, no breve pero tampoco larguísimo, asistió a una de las más imponentes transformaciones que se hayan verificado nunca en Europa y en el mundo. En el ocaso de su vida toda la tierra se convertía, por vez primera, en un conjunto único de comunidades humanas, cosa que unas décadas antes ni siquiera se hubiera osado pensar. Fenómeno igualmente inesperado, antes que dividirse en estados bien definidos, Europa se separaba en dos bloques eclesiásticos y políticamente antagonistas, mientras en sus confines surorientales la avanzada turca estaba por lanzar los primeros grandes peligros contra ella.

Ningún individuo que viviera en esta época, como tampoco ningún grupo de individuos, supo determinar su desarrollo en modo necesario o claramente decisivo. El cambio fue de tal magnitud que ninguno supo intuirlo o fue capaz de predisponer los ánimos. La Europa de la segunda mitad del siglo XV desconocía totalmente sus inminentes fortunas, y estaba aún sumergida en una problemática ético-político-económica que parecía reconducirla hacia el pasado antes que proyectarla hacia un porvenir nuevo o distinto. El mismo término todavía en boga para designar a este período (que corresponde casi exactamente a la existencia de Erasmo), si bien impropio, expresa bastante bien el retroceso que parecía la máxima perspectiva del mundo occidental. Lo que ahora se desea llamar Renacimiento sonaba entonces como la utilización de una lengua no hablada desde hacía diez siglos así como la imitación de sus autores, el empleo en el arte de cánones de igual y mayor antigüedad, y por último, la restauración de una moral tal como se suponía habían practicado los cristianos de la época de los Apóstoles y de los Padres.

Este era, con otras manifestaciones similares, lo que hoy se define como Renacimiento; pero no en este modo se resolvieron los setenta años que corresponden a la vida de Erasmo. Debemos tener bien en cuenta que tal período no recibió su impronta de los fenómenos recién mencionados, que sin embargo constituyen innegablemente algunos de sus aspectos. Los decenios que van desde el comienzo de la segunda mitad del siglo XV al segundo cuarto del siglo XVI fueron signados por procesos de diversos tipos, pero decisivos y que superaban a cualquier fuerza o genio individual, a cualquier tendencia de grupo. Se trata, diremos brevemente, del advenimiento de una nueva mentalidad en la técnica y en la ciencia, de la unificación dinástica en algunos ámbitos nacionales, de la constitución de una burocracia propiamente dicha, del pasaje de la economía mediterránea a la economía oceánica, de la reconstitución del poder económico-social de la nobleza, de la afirmación de un sentido laico y autónomo de la moral, de la funcionalización de las creencias religiosas en el interior de iglesias nacionales, del surgimiento, en fin, de una visión puramente humana de la civilización y de la historia. La fase que va desde 1460 hasta aproximadamente 1540, en Europa, está profundamente caracterizada por un doble proceso de dislocamiento y de reconstitución. Hacia la mitad del siglo XV reina un desorden, ni sólo aparente en el orden político, tanto como en la economía, en la religión y en la cultura; un siglo después, un nuevo orden se ha casi restaurado en todos los sectores. Si la investigación del aspecto o de la estructura dominante o determinante es aleatoria, y si existen buenos motivos para señalar en el estudio orgánico de los principales fenómenos la mejor vía para la comprensión de este período, se puede denunciar el fracaso sustancial de la explicación del mismo a la luz de los valores puramente renacentistas, a causa de la imposibilidad de admitir un divorcio entre lo que constituiría la esencia de la época y su desarrollo efectivo.

Erasmo fue uno de los mayores protagonistas de su tiempo. La peor manera de comprender su acción y evaluar su grandeza sería, por lo tanto, apartarlo del mundo en que vivió, en el que tanto amó vivir, y dejar de señalar este gusto genuino por la vida que él sintió bajo aspectos tan diversos, participando intensamente hasta el límite de sus fuerzas, si bien realizando continuamente en modo coherente un único tipo de actividad "profesional".

Erasmo intentó la gloria literaria sin separar jamás el ejercicio de la misma del logro de objetivos morales inmediatos y concretos. Pensó siempre que si deseaba que su nombre sobreviviera en la posteridad, debía buscar sin descanso los resultados prácticos, es decir, contribuir a la solución de los problemas en los que veía empeñados a sus contemporáneos y al perfeccionamiento ético de la conducta y del modo de pensar de éstos. En vano se buscaría entre los escritos del humanista aquel que no esté animado e inspirado por esta exigencia fundamental. Si bien Erasmo de ninguna manera fue insensible a la corrección filológica y a la forma estilística de sus propias obras, jamás creó ninguna con propósito meramente individual, es decir, para dar solamente la medida de sí mismo, independientemente de la función que sus páginas podía ejercer en la coyuntura histórica contemporánea.

Por este modo exquisito y esencialmente funcional de concebir el propio trabajo de filólogo, de literato, de moralista y de teólogo y por el hecho de haberse volcado totalmente a los problemas de su época, no se debe considerar a este hombre únicamente como filólogo, literato, moralista y teólogo. Erasmo se ha convertido en actor, antes bien en protagonista, de su época porque lo ha deseado; obtuvo el éxito, y en escala europea, porque decidió no permanecer ajeno a los conflictos y a los dramas de las dos generaciones en las que viviera. La excepcional cualidad de su inteligencia le permitió sobrevivir aun más allá de su acción directa. Pero las páginas que le valieron la fama hasta nosotros son pocas con respecto a la inmensidad de su obra; demasiado pocas, por lo que se puede considerar que sacrificó deliberadamente su propio genio literario, plegándolo a las coyunturas cotidianas.

Mediante la figura del humanista flamenco es posible por lo menos entrever un mundo cultural en el cual la función del escritor se concibe y se vive en modo distinto que entre la mayor parte de los exponentes del humanismo italiano: ni como desencantada expresión artística de la realidad ni como teorización más o menos partidaria de los intereses de un ambiente, de una clase, de un individuo o de una institución. El motivo que aparece fundamentalmente en

la obra de Erasmo es aquel de afirmar la libertad de pensamiento de un estrato que ha alcanzado la madurez política y económica y que aún carece de madurez intelectual. El mismo carácter constantemente funcional de la actividad de este escritor no permite pensar que haya hablado solamente en nombre de sí mismo, para publicar convicciones del todo personales; y es aún más seguro que él nunca se arrogó —como, por ejemplo, Lutero— la prerrogativa de defender la causa de Dios. Sus posiciones mentales se reconducen a los de una parte, por lo menos, de sus contemporáneos, de los que anticipadamente sabía que sería comprendido (como lo fue), porque había tenido la lucidez necesaria como para expresar lo que éstos sentían. Sus tomas de conciencia, entonces, se vinculan con una base colectiva, aunque no amplísima, con una conciencia ya radicada y difundida si bien no clara y desplegada aún, pero cuyas tendencias permiten conocer y definir mejor. Maestro del diálogo, y capaz de desplegar en el diálogo el máximo de eficacia, Erasmo es un protagonista antes que nada porque tiene un auditorio, interlocutores, un público, gracias al cual se convierte, en la escena de su época, en primer actor.

Se verá entonces, además, que Renacimiento se puede entender en modo diferente cuando nos situamos en el corazón de los contrastes cotidianos, con la urgencia no tanto —y no única— de retornar a los orígenes clásicos o cristianos, de reformar y de transformar el estilo en "escuela", sino de abrirle un paso a la vida que prorrumpe y de señalarle una dirección sensata en una perspectiva humana. En otras palabras, se podrá descubrir en el humanismo nórdico el aspecto de un proceso vasto y orgánico que abarca a los países al norte de los Alpes, tan vital y positivo que puede ser considerado como una segunda y más progresiva fase del denominado Renacimiento.

Un duro ascenso

Como lo testimonia un documento expedido por la Curia en 1517, Erasmo —en aquel momento— había traspasado no sólo el umbral de los cincuenta años sino también el de la celebridad y de la independencia económica. Sin embargo, el hombre que los mayores pintores de la época se disponían a retratar y que los monarcas se disputaban directamente, había debido insistir mucho, mediante algunos de sus más fieles amigos, para obtener de León X algunas dispensas que consideraba absolutamente necesarias.

No erróneamente, además. Como él mismo había debido precisar, respecto a las leyes y a las costumbres del cristianismo occidental Erasmo había nacido no solo en forma ilegítima, de padre no casado según los ritos, sino en modo directamente sacrílego, ya que Gerardo era sacerdote. Lo que ponía al recién nacido en los márgenes de la sociedad y que lo aplastaba bajo un estigma deshonroso, era admitido pacíficamente desde hacía siglos, aun prescripto, por la iglesia ortodoxa. De ahí a pocos años también los cristianos de occidente se rebelarían en gran número contra las normas canónicas y el celibato eclesiástico. Por otra parte, en los países del Norte en grado mayor que en los mediterráneos, en el siglo xv y a principios del xvi el matrimonio de hecho de los sacerdotes era cosa bastante frecuente. Tal costumbre, sin embargo, estaba oficialmente prohibida; Lutero no había logrado quebrantar las prescripciones romanas y el ejemplo de los eclesiásticos orientales no tenía eco. Erasmo sufrió durante toda su vida el peso de su nacimiento, al que el derecho germánico, a que estaba sometido, tornaba aún más duro. Según las normas del mismo, en efecto, un hijo ilegítimo no podía obtener ningún beneficio eclesiástico, ni siquiera una canongía, sin dispensa especial. Por ello, su amigo Ammonio, delegado papal en Inglaterra, y algunos dignatarios y prelados ingleses en misión en Roma, habían hecho todo lo posible para liberar a Erasmo de la deshonra y de los impedimentos que gravaban sobre él. Finalmente lo habían logrado. León X no solo le acordaba la facultad de recibir cualquier beneficio y el derecho de mantener aquellos que ya hubiera obtenido, sino que lo eximía de tener que dar cuenta de su nacimiento, dispensándolo de probar su legitimidad y hasta de exhibir la dispensa obtenida.

El ingreso en un convento no era justamente la consecuencia inevitable de tal desdichado origen. Pero el padre de Erasmo era un hombre culto, conocedor experto del latín y del griego, cuyo estudio había perfeccionado en el curso de un viaje a Italia. El hijo había heredado los gustos y las tendencias; la madre, Margarita, los había fomentado, enviando al jovencito a la escuela de los Hermanos de la Vida Común, en Deventer. Entrado a los nueve años, salía de la escuela a los dieciocho con una vocación ya clara por las letras. Luego de un período de tres años pasados en parte en Hertogenbosch, en cuyo transcurso perdió a sus padres y también los bienes que éstos habían dejado en mano de los tutores para él y el hermano, era necesario tomar una decisión. Su nacimiento le impedía acceder al clero secular; muy pocas eran las posibilidades que le quedaban al joven aparte de las órdenes monásticas. Erasmo se resignó y se decidió a ingresar, en Steyn, en los alrededores de Guda, en el monasterio de los canónicos agustinos de Emaus, en 1487. A los veintidós años pronunciaba los votos y de ahí a poco Enrique de Bergen, arzobispo de Cambrai, lo ordenaría sacerdote.

Lo menos que se puede decir es que Erasmo jamás había sentido la vocación del claustro; pero enseguida se debe agregar que si bien había reflexionado antes de hacerse admitir, había traspuesto el umbral sin la determinación de renunciar al mundo y de consagrarse realmente a las obligaciones monásticas. Desde siempre, pero aún más a medida que se multiplicaban, los monasterios habían asumido en la sociedad cristiana la función de refugios; para aquellos que deseaban salir de la vida laica como para aquellos a quienes la familia o la sociedad en diversa manera rechazaban. Esto también le ocurrió al futuro humanista. Lo prueba muy bien una de sus primeras obras, cuyo título indica desapego al mundo. En ella el joven monje hace un calmo elogio de la vida claustral, absolutamente privado de misticismo; más que la piedad que allí se puede cultivar, subraya las ventajas que se gozan y los inconvenientes que se evitan.

A pesar de la ascética aspiración de su escrito, Erasmo no despreciaba al mundo, ni lo amaba en el convento menos que antes de ingresar en el mismo. Desde sus primeros estudios su escritor predilecto era un gran comediógrafo pagano: Terencio Sus simpatías muy pronto se volcarán hacia autores más mundanos aún: Ovidio entre los antiguos, Lorenzo Valla entre los modernos. Hacia el fin del siglo, ya pasados los treinta años, el joven holandés deseará convertirse en humanista cristiano. Pero durante los diez o quince años que preceden a esta decisión se forma esencialmente en base a clásicos paganos, de los que recibe una impronta espiritual que permanecerá tan fuerte como indeleble. El asiduo y amoroso contacto con los textos de la latinidad produce en él efectos similares a los que sintieran las generaciones precedentes de humanistas italianos. Erasmo, por otra parte, tiene buenos maestros, como Juan Sintheim y Alejandro d'Heck, que lo capacitarán para continuar por sí solo en el estudio. Pero en la escuela de los Hermanos de la Vida Común —quienes influyeron fuertemente en su tipo de religiosidad— él no se sentirá muy cómodo justamente por su sed de literatura antigua y su entusiasmo por los escritos paganos.

No hay que asombrarse, entonces, si Erasmo aprovecha gustosamente la ocasión que se le presenta en 1492 de salir del monasterio de Steyn para asumir un empleo junto al arzobispo de Cambrai. Ni sorprenderá que el objetivo de todas sus iniciativas prácticas a partir de aquel momento son el de no volver al convento. Hasta la dispensa de León X, es decir, por veinticinco años, el humanista sostendrá una doble lucha: contra su nacimiento ilegítimo y contra los vínculos contraídos con el claustro. Por momentos, la lucha será verdaderamente dramática. Una vez fuera de su comunidad, el joven monje deberá proporcionarse su propia sub-

sistencia y afrontar los gastos indispensables para sus estudios. En numerosas ocasiones se hallará sin recursos; pero una cuando disponga de ellos, no será nunca en modo estable y seguro. Erasmo pasará larguísimos años en situación penosa, no sólo por la lejana pero no irreal amenaza de ser llamado al convento, sino por la necesidad inmediata e imperiosa de pedir ayuda, de cortejar a posibles protectores, algunas veces de mendigar.

Por lo tanto, se ha podido acusarlo de tanto en tanto, no sin motivo, de ingratitud, de adulonería y de falta de dignidad. Consciente de su valor, con frecuencia Erasmo fue menos agradecido para con sus benefactores de cuanto se hubiera podido esperar, ya que nunca consideraba suficiente lo que se le ofrecía. Por otra parte, conocedor finísimo de las debilidades humanas, las utilizó para congraciarse con aquellos que tenían medios para ayudarlo, avivando en especial, con suma habilidad la ambición de los mismos. Evidentemente. sus modos de comportamiento pueden parecer hoy menos que dignos de un hombre independiente.

Pero el humanista no era independiente, y por otra parte sabía muy bien de lo que era capaz en cuanto hallara el modo de dar lo mejor de sí mismo. Ambicioso y lleno de irreducible confianza en sí mismo, aparte de claramente consciente de lo que deseaba lograr. Rechazada la cerrada seguridad monástica, él no hallaba ningún otro organismo capaz de aliviarlo en sus preocupaciones materiales. Sin apoyos familiares ni bienes propios, debía ante todo sobrevivir y costear sus estudios o renunciar a la única meta válida de su vida. Por severa que pueda ser la evaluación de los medios que aceptó o buscó para imponerse, es cierto que no se puede comparar la mediocridad de los mismos con la grandeza de los resultados.

Erasmo, aparte de sus sustanciales capacidades era un hombre de agradabilísima compañía, de seductora conversación y de brillante ductilidad. Sabía casi siempre conquistarse la simpatía, a menudo el favor, en modo elegante. Esta dimensión psicológica, si bien frágil, fue una de las condiciones de su éxito. Pero debe agregarse que en el interior de la misma el humanista supo edificar lentamente y superando incesantes dificultades, una progresiva independencia. En su época, este era un resultado de enorme relieve. Para un autor, aún célebre, los derechos que derivaban de la publicación de sus obras no constituían nunca una renta suficiente. Un hombre de letras de aquel período no gozaba aún de las condiciones necesarias para su propia autonomía. La mayor parte cumplía funciones públicas (en la administración, en la enseñanza, en varios tipos de magistratura) o privadas (con soberanos, ricos señores o comunidades), cuando no estaba directa o indirec-



1. *León X, en un retrato de Rafael* (Florencia, Offizi).

EX TERTIA AVTORIS RECOGNITIONE.

HOMERVS POETA · SALOMON REX · HESIODVS

ARISTIDES · DEMOSTH · PLATO · ARISTOT · EVRIPID · ARISTOPHAN

PLVTARCHVS · LVCANVS

THEOCRIT · PINDARVS

CICERO · QVINTIL

VERGIL · HORATIVS

PLINIVS · A. GELLIVS

LIVIVS · SALVSTIVS

IOANNES FROBENIVS STVDIOSIS OMNIBVS S. D.

Accipito candide lector ERASMI ROTERODAMI, prouerbiorum Chiliadas, iam tertiũ ab ipso non æstimandis sudoribus recognitas, & ex probatissimis autoribus sic locupletatas, ut cui superioris æditionis summæ, ferme quarta pars ab hinc bienniũ accesserat, huic nunc haud multo minus sit adiectũ. Nos neq; sumptui, neq; labori pepercimus, ut tam eruditũ opus, tam copiosum, ut uere flumẽ aureũ uocare possis, & emendatissimũ e nostra officina prodiret in lucẽ, plane nouum, & hactenus a nemine excusũ. Eme, fruere, & Vale.

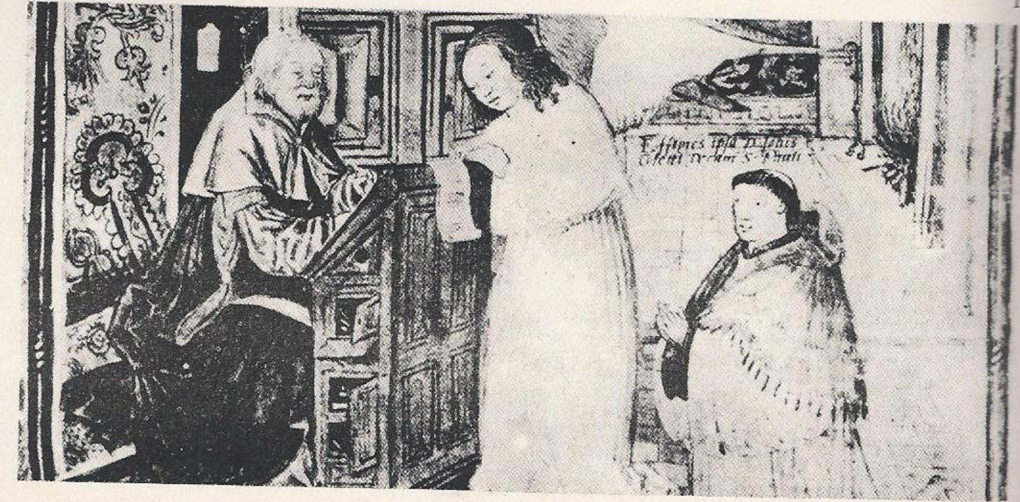
IN INCLYTA GERMANIAE BASILEA.

AN. M. D. XVIII.

1

1. *La portada de la edición frobeniana de los* Adagios *de Erasmo (1518).*

2. *Una miniatura datada 1509, con el retrato auténtico de John Colet (de rodillas).*



2

tamente ligado a organismos eclesiásticos. Erasmo, en cambio, logró limitar al mínimo todo esto, aceptado siempre prestar servicios que no comportaran servidumbres y cuidándose de ligarse a institutos o personas que hubieran podido hacer pesar su dependencia sobre su pensamiento y su libertad.

El modo en que el joven holandés se elevó del estado de pobre clérigo al de acomodado intelectual es una obra maestra desde muchos puntos de vista. La independencia efectiva que él alcanzara es una empresa excepcional de tacto y de pertinaz destreza, y una realización objetiva, social, casi nueva. Pero la misma no constituye una creación solamente exterior, sino la paciente e inflexible consecución de una independencia íntima. Erasmo siempre deseó antes que nada ser él mismo, y creyó que ésta era la única forma de dar algo verdaderamente válido a los demás. Sin duda, él no era un hombre de acción y la salvaguardia de su perenne separación antes que perjudicar favoreció el incremento de sus actividades predilectas. Conociendo sus propios límites casi tanto como los de los otros, se mantuvo tan alejado como le fue posible de la enseñanza, que no era su fuerte, y de las funciones públicas. Pero si siempre deseó un reparo contra la necesidad y contra las dependencias peligrosas, nunca se cerró en una torre de marfil. Erasmo concibió su propia libertad no solo como el medio para ser él mismo sino como vía para encontrarse con sus contemporáneos y resolver con ellos y para ellos los problemas comunes, a los que consideró propios. Su libertad consistió en dedicarse enteramente a los mismos, sometiéndose a una tarea indefensa e inmensa, que aún hoy provoca admiración.

Príncipe de las letras

¿Cuáles fueron los expedientes que utilizara Erasmo para vivir durante casi un cuarto de siglo y que le permitieron convertirse en el hombre de cultura de mayor prestigio del mundo occidental?

El primero, que le permitió salir del convento, fue justamente un puesto de secretario particular, absolutamente provisorio, con el rico y poderoso arzobispo de Cambrai. Era en 1492. En los veinticinco años siguientes el humanista recorrió media Europa en busca de una ubicación que le satisficiera; muy difícil, dadas sus exigencias. No lo seguiremos paso a paso, ya que es suficiente mencionar las etapas principales de su peregrinaje. Al resultar más breve de lo previsto su empleo con Enrique de Bergen (el prelado debió renunciar a trasladarse a Roma, como proyectaba), a poco el joven aferró una posibilidad que por lo menos lo alejaba de su claustro. Obtenida una subvención y un permiso, en 1495 se marchaba a París para seguir estudios de teología.

Los Hermanos de la Vida Común, que se inspiraban en la corriente de la "Devoción Moderna", si bien sin conquistar su espíritu en profundidad, habían sabido hacerle sentir la exigencia de una piedad sin oropeles, sólida y personal. La "Devoción" era una de las formas en las que la sensibilidad religiosa del XV, sobre todo en el Norte, adquiría nuevas dimensiones a través de la tentativa de reconducir las creencias y las prácticas cristianas a una función moral y a una eficacia concreta. Los cultores parisinos de la *ciencia de Dios*, en cambio, lo entusiasmaron mucho menos. Instalado en el *Collège Montaigu*, Erasmo se halló bajo la dirección austera de Standonck. Para convertirse en bachiller debió pasar cerca de tres años entre murallas que exudaban teología (como dirá él mismo), donde contrajo perturbaciones estomacales, teniendo como único lujo una abundancia de pulgas. Habiéndose enfermado efectivamente en 1496 hizo un voto a Santa Genoveva, a la que dedicó luego un poema para celebrar su posterior recuperación. Con humana incoherencia, este soberano fustigador de los votos supersticiosos hará por lo menos dos todavía en su vida.

Por fortuna, en la capital francesa no solo existía la enseñanza de la filosofía escolástica con su rudo contorno. Se podían encontrar, además, humanistas célebres como Robert Gaguin, que tuvo la idea de publicar el primer escrito de Erasmo, una breve carta, junto con su *Compendium de origine et gestis Francorum* [Compendio sobre el origen y las gestas de los Francos] de 1495, y el italiano Fausto Andrelini. Si bien se acercó a ellos para ganarse la vida impartiéndoles lecciones privadas, había nobles estudiantes ingleses con quienes hacer amistad, como el joven lord Mountjoy, de quien fue preceptor. Este último le ofrecería la posibilidad de hacer su primer conocimiento de un país al que volvería con frecuencia: Inglaterra.

Ya hacía siete años que el monje de Steyn vivía fuera del convento, engañando hábilmente a sus superiores con el informe de los estudios realizados y con las perspectivas de aquellos que proyectaba o con los ulteriores grados académicos a obtener. De todos modos, la larga permanencia en París de ninguna manera había sido un viaje de placer. En el verano de 1499 Erasmo conoció verdaderamente, por primera vez, las seducciones de la vida mundana. La conversasión y el cambio de ideas con hombres de altísimo nivel, sobre todo, como el coetáneo John Colet y el más joven y ya brillante Tomás Moro, o los doctos Grocyn y Linacre; pero también el placer de andar a caballo y el de la caza, así como la gracia de las damiselas y la delicia de los besos de saludo y de despedida que según la costumbre inglesa éstas brindaban a los huéspedes.

Vuelto a París con gran entusiasmo por los ingleses, el humanista, casi de treinta y cinco años, se dedicó a estudiar griego. Lo había inducido a ello el pío y erudito John Colet, decano de la catedral londinense. Admirar a los clásicos latinos y cultivar su estudio no era un mal; pero quien declaraba consagrarse a ellos por la causa cristiana no podía olvidar que la lengua griega era indispensable para la mejor comprensión de textos básicos de la fe. La decisión no se resolvió en un fuego de paja, y de ahí a unos pocos años Erasmo se convirtió en excelente helenista. Desde entonces, su ideal será doble y convergente: hacer triunfar el culto de las buenas letras y renovar, gracias al mismo, la comprensión de la escritura y la práctica religiosa, ambas tan decaídas.

Al comienzo del nuevo siglo, aparte del tratado ya citado, Erasmo ya había compuesto varias obras didáctico-morales, como *Estudios sobre la razón, Ejercicio de la virtud*. Pero ahora parece haber hallado su vía más claramente y alcanzado el umbral de la que será su magnífica madurez. En los *Adagios*, en efecto, cuya primera edición aparece en París editada por Jean Philippe, y en el *Enchiridion militis christiani* [Manual del soldado de Cristo] — compuesto en Turnehem entre el verano y el otoño de 1501, terminado en Lovaina y publicado en Amberes en 1503— la bifrontal personalidad erasmiana aparece ya plenamente. La primera de estas dos obras era al comienzo solamente una colección de proverbios antiguos, con un comentario más o menos breve de cada uno. Una fórmula destinada a tener inmenso éxito, en una época que tenía real sed de autonomía intelectual y de suficiencia mental. El *Enchiridion*, destinado a una fortuna diversa pero análoga, constituía el manifiesto de la religión erasmiana y proponía lo que el humanista mismo llamaba "filosofía de Cristo": un retorno al Evangelio visto como fuente de sabiduría verdadera y de auténtica piedad; es decir, como modelo de vida recta. Toda la obra posterior de Erasmo se desarrollará en estas dos direcciones convergentes, que respondían a exigencias vivas y profundas de su época.

Sin embargo, en este tiempo él estaba aún bien lejos de la gloria que ambicionaba y que en una carta a su amigo Batt declaraba abiertamente perseguir, agregando: "Prefiero que mi gloria sea durable, aunque sea tardía, y de una calidad tal que no deba arrepentirme". París le había reservado una larga serie de meses por lo menos difíciles para todo el año 1500 y parte de 1501. Luego logró volver a los Países Bajos, pero fuera del claustro, y la fortuna pareció comenzar a sonreirle. El futuro Adriano VI, entonces decano de la Facultad de Lovaina, le ofreció la cátedra de retórica. Erasmo no aceptó, pero se sabe que en 1504 realizó un curso. De todos modos, aparte de un clima más



1



2

propicio para su salud, la tierra natal le reservó dos descubrimientos de gran importancia: Luciano, de quien tuvo una edición aldina * y que se puso a traducir inmediatamente al latín, y Lorenzo Valla. En 1504, durante su estada en una abadía en los alrededores de Lovaina, hallaba un manuscrito de las inéditas *Adnotationes in Novum Testamentum* [Notas al Nuevo Testamento], cuya lectura lo impresionó muchísimo. El año siguiente las hizo editar en París por Josse Bade.
Su brilante carrera de erudito y docto humanista, entonces, había comenzado. La de ciudadano de la república de las letras continuaba. Entre 1505 y 1506, atravesado nuevamente el canal de la Mancha, pasaba varios meses en Londres. A sus amistades precedentes se agregaba ahora la del gran helenista Latimer y del canciller de reino, William Warham, arzobispo de Canterbury. Éste será de entonces en adelante uno de sus más seguros y espléndidos sostenedores. En Inglaterra también se le presentó la posibilidad de hacer un viaje a Italia, como acompañante de los dos hijos del médico genovés Battista Boerio. Ya el monje flamenco había pasado más de doce años fuera de Steyn, acumulando una experiencia preciosa. No sólo había conocido ambientes y países diversos, no sólo se había puesto en comunicación directa o indirecta con numerosos humanistas franceses, ingleses, alemanes, flamencos: ya había tomado posición en cuanto a algunos de los problemas mayores de su tiempo y esbozado lentamente las soluciones que le parecían más oportunas. Ahora, desde Inglaterra se dirigía hacia Italia a caballo, deseoso de ver de cerca las ricas bibliotecas y a los famosos literatos. Pero si bien predispuesto a la admiración, de ninguna manera llegaba desprevenido. Una afortunada coyuntura lo había hecho madurar en la elite cultural, religiosa y política de una zona destinada a convertirse en uno de los polos de la vida europea: la anglo-franco-flamenca.
En estas regiones limítrofes se estaban preparando las estructuras de una economía dominante, se proponían las vías de una transformación religiosa y se afirmaba en tanto una visión mental laica, fuertemente sostenida por las responsabilidades cada vez mayores que asumía la burguesía en la administración de aquellos países.
El humanismo había brotado en esta zona con casi un siglo de retraso con respecto a Italia, pero en compensación se injertaba en organismos político-sociales en vía de desarrollo y maduración. Al contrario que el humanismo italiano, que se había unido cada vez más a los destinos declinantes de las ciudades-estados, de las señorías y de los principados, a comienzos del siglo XVI el nórdico veía abrirse un futuro que sería dramático pero sumamen-

* Ediciones impresas por Aldo Manuzio.

te vital en todo el transcurso del siglo. Última pero no menos esencial constatación: mientras en Italia, hacia el 1500, se desvanecía hasta la posibilidad de una seria y vasta confrontación entre el humanismo y la iglesia, más allá de los Alpes la misma había comenzado en profundidad. Bastaría recordar los nombres de John Colet, de Jacques Lefèbvre d'Étaples y sobre todo aquel, justamente, de Erasmo, que se convertiría en el maestro. De esta confrontación plena de tensión pero vivificante y dinámica para la sensibilidad colectiva como para la cultura, la personalidad erasmiana derivaría sus más altas manifestaciones. Por esto, sin duda, por la divergencia de fondo entre la problemática de la sociedad nórdica y la mediterránea, el encuentro de Erasmo con Italia produjo resultados muy restringidos. Inglaterra, Francia, los Países Bajos, Alemania, formaban un área fundamentalmente homogénea; Italia constituía otra área. Si bien las dificultades de las comunicaciones y las perturbaciones producidas por las vicisitudes político-militares pudieron reducir el epistolario italiano del humanista, éste era un corresponsal demasiado empedernido para escribir solamente una docena de cartas en tres años. Ciertamente, Erasmo no dejará de hacerse un nutrido grupo de amigos en la península, pero su relativo silencio oculta a duras penas su falta de participación. Si bien mucho menos fogosamente que el joven Lutero (que a poco visitará también Italia), no hesitará en expresar sus críticas y aún su indignación frente a ciertos espectáculos. El *Elogio de la Locura* constituirá el más espléndido fruto de ello.

La posición del humanista holandés frente a la realidad italiana es del todo significativa y reveladora porque, por otra parte, él sufre la fascinación de la misma. El espectáculo de algunas ciudades, en particular Roma, suscita su admiración y lo seduce. Ciertamente, no lo conquista la Cartuja de Pavia, de la que critica el lujo desmesurado al punto de imputar parte de las responsabilidades a los pocos monjes que la habitaban y que simplemente la habían heredado. Pero Roma y la corte pontificia lo impresionaron tanto que llegó a pensar en establecerse en ella. Una verdadera tentación diabólica, particularmente fuerte para él, como siempre carente de una situación estable, de un empleo acomodado. ¡Cuántos puestos bien retribuidos y poco exigentes veía en la Curia! En noviembre de 1506, al asistir al ingreso triunfal de Julio II en la conquistada Bolonia, había concebido una aversión que lindaba con el desprecio por aquel pontífice vestido de blanco que avanzaba bajo un baldaquín de púrpura en medio de nutridísimas filas de mercenarios. Pero en Roma la suntuosidad y la riqueza, que interiormente le atraían, eran mucho más estimables y persuasivas. Finalmente lo-

1. Ciudades italianas, *anónimo del siglo XVI* (París, Bibl. Nac.).

2. *El arzobispo Warham en un retrato de Hans Holbein.*

3. *Julio II.*



gró separarse de la ciudad y de amigos como Egidio de Viterbo, Jacobo Sadoleto, Juan de Médici, los cardenales Riario y Grimani; así como en Ferrara había dejado a Celio Calcagnini y en Venecia a Juan Lascaris, Girolamo Aleandro y Aldo Manuzio.

La nueva función de consejero cultural del joven Alejandro Estuardo de todos modos, le habían permitido visitar la península hasta Nápoles y la gruta de la Sibila Cumana. Además, le habían proporcionado la ocasión de ejercitarse, a pesar suyo, en una obra de circunstancia, la *Antipolemos*, escrita por orden del cardenal Riario y que nunca quiso publicar. Pero sobre todo había podido dedicarse, siendo huésped de Manuzio en Venecia, a la tercera y más importante reimpresión de los *Adagios*. Luego de dos ediciones parisinas que comprendían alrededor de 800 proverbios, la veneciana de 1508, fruto de varios meses de aplicada labor, contenía más de 3.200. La obra constituyó para Aldo Manuzio un óptimo negocio, y para el humanista el lanzamiento definitivo de su fama. Antes del fin del siglo se pudieron contar más de 130 ediciones de los afortunadísimos *Adagios*, donde las dos sabidurías, clásica y cristiana, estaban sabiamente superpuestas y remarcadas por críticas y ataques bien dosificados contra los diversos abusos y vicios de la época.

Al volver a Inglaterra luego de su permanencia de tres años en Italia, Erasmo llevaba consigo un anillo que le regalara Estuardo. Sobre la piedra había descubierto una leyenda que pronto decidirá utilizar como propio emblema personal. En la tierra de elección de la Antigüedad había encontrado, entonces, el símbolo —netamente pagano— con el cual resumir toda su obra y su ideal moral. Se trataba de un cipo campestre, un *terminus*. Como si hubiera sentido que se estaba convirtiendo en una de las piedras miliares de su tiempo, Erasmo quiso confiarse bajo aquella imagen a la memoria y a la conciencia de la posteridad con el lema: *No transijo*.

El "Elogio de la locura"

En cuanto a si el recuerdo de Roma, la soberana imponencia de la corte pontificia y el favor que la Curia le dispensó siempre, contribuyeron a mantener a Erasmo en el seno de la Iglesia Católica, resulta difícil afirmarlo. Si bien menor que la aversión por la violencia de Lutero, estos elementos influyeron sin duda. Pero ningún peligro de cisma se divisaba en el horizonte cuando, entre el otoño de 1509 y la primavera de 1511, sobre la ola de impresiones italianas que se superponían a aquellas sobre las que ya había meditado precedentemente, el humanista compuso, en perfecta libertad creativa, el *Elogio de la Locura*.

Este libelo es el maravilloso producto de la alegría de vivir de Erasmo, en aquel mo-

Erasme Roterodame

De la declamation des louenges de follie/stille facessieux et profitable pour congnoistre les erreurs et abuz du monde.



On les vend a Paris par Galliot du pre Marchant Libraire/demeurant sur le pont nostre dame a lenseigne de la Gallee/Et en la grãd salle du palais au tiers pillier.

Avec privilege

mento huésped de uno de sus más íntimos y queridos amigos, Tomás Moro. Bajo la apariencia de una paradoja rebosante de chispa —el autor le da la palabra a la Locura misma, que la conserva desde el principio al fin— el *Elogio* es, además, la primera encarnación en la literatura europea de la separación autosuficiente de la inteligencia laica de la visión eclesiástica del mundo y de las coordenadas mentales cristianas.

¿Qué es la locura de la que el humanista hizo el elogio con sonriente ironía, a veces comprensiva y otras, aguda como un estilete? Es el comportamiento compuesto y poco razonable de los hombres y más precisamente de sus contemporáneos; es el conjunto de las formas en que éstos se dejan vencer por sus propias debilidades, por sus propias pasiones, por sus propias incoherencias. Con soberana destreza el autor juega en diversos planos, casi inaferrable y en perpetuo movimiento, para castigar vicios y deformaciones concretas. La universalidad de la locura, la aseveración de que la misma es connatural del hombre, es la genial hipótesis de la que parte. Además, Erasmo ha percibido verdaderamente cuán imprescindible es lo irracional, ya sea ilusión, amor, ideal o codicia. No lo exalta sino que lo constata, luego de siglos en que se había hecho de todo para desnaturalizarlo o para condenarlo; intuye que ni la ignorancia ni la condena representan una solución: y entonces, por lo menos implícitamente, celebra su función insustituible en la vida. La fuerza del *Elogio* consiste en su visión de perfil, sin moralismo y con benignidad, de la irracionalidad humana. Pero hay además una coherencia dúctil, cortés y al mismo tiempo inexorable por su rechazo a descubrir una diversidad de naturaleza entre las diversas manifestaciones de la locura. Por cuanto en modo semiserio, el autor pone un común denominador bajo todos los comportamientos, del que goza como del filósofo, del enamorado, del supersticioso, del teólogo, del creyente. Por lo menos en el plano mental, no le reconoce mayor cordura al santo que al santurrón, al estoico que al mercenario.

Teniendo en cuenta la época en que vivía, tal procedimiento resultaba directamente revolucionario. No sólo porque nunca nadie había osado utilizarlo, sino porque revelaba la posibilidad que su impertinencia no respetaba a nadie. Era revolucionario porque revelaba la posibilidad —y directamente la presencia— de un criterio diferente de juicio, ya maduro y autónomo.

Existía, por parte de Erasmo, un evidente coraje intelectual; pero al mismo tiempo la conciencia de no hablar solamente en nombre propio. Él personificaba a toda una sensibilidad laica, nutrida de humanismo pero no carente de renovado espíritu religioso, que luego de haber acumulado innumerables y dispares reacciones se concentraba ahora en un explícito discurso de conjunto.

Si Erasmo se hubiera atenido solamente a su hipótesis literaria, el *Elogio* hubiera podido resolverse en un ejercicio académico. Pero su arte consistió justamente en aquel tono paradojal que permitía comprender muy bien dónde el escritor ostentaba su talento y dónde, en cambio, asestaba azotes. La Locura, en su monólogo, articula toda una serie de observaciones críticas, ya tan pertinentes que golpean plenamente, o genéricamente agresivas pero no menos eficaces, o bien indirectas pero aún claras. Es un granizo ininterrumpido de golpes sin orden aparente pero bien dosificados, que flagelan en modo implacable las plagas más actuales. Entre éstas, el estado anormal de las creencias de la Iglesia. Devociones dignas de risa, como el encender velas ante imágenes en pleno día o el emprender peregrinaciones a lugares a los que ningún motivo plausible impulsa a ir. Distorsiones mentales propiamente dichas, como aquella que lleva a los teólogos a interpretar la Escritura con el metro de la ignorancia filológica y de la prosopopeya escolástica y que los hace insistir en la demostración de la inmaculada concepción en lugar de detenerse en otras virtudes más ejemplares de la Virgen, como la castidad. Comportamientos inauditos: de un pontífice que conquista pueblos y ciudades a hierro y fuego, de fieles que llevan la contabilidad de los días de indulgencia y del tiempo que les queda a transcurrir en el purgatorio.

Erasmo no escribió porque sí el *Elogio de la Locura*; el mismo entra en su meditado plan de restauración moral, religiosa y cultural. Él, en efecto, se siente aún cristiano; pero, como una amplia parte de la elite intelectual y social de su tiempo, intenta promover una religión netamente diferente de la que pasa por aquel nombre. Antes que Lutero, trazó claramente un programa que cumplió una vastísima seducción sobre laicos cultos y sobre numerosos eclesiásticos del siglo XVI. Todos los países de Europa, de España a Polonia, de Inglaterra a Italia, a través de los Países Bajos, Francia, Suiza y Alemania, tuvieron sus activos, convencidos y a menudo influyentes erasmianos. La acción de los mismos fue notabilísima, y no sólo en restringidos círculos de eruditos. La lucidez, la crítica y la mesura del gran humanista tocaron a un público inmenso. No sólo el latín era la lengua de todos aquellos que sabían leer, sino que los argumentos que él trataba eran del más alto e inmediato interés.

Del *Elogio de la Locura* se imprimieron 1800 ejemplares en la primera edición parisina de Gilles Gourmont y fue editado alrededor de sesenta veces antes del fin del siglo. Erasmo había comprendido cabalmente la enorme importancia de la prensa como medio de acción ética y cultural, y



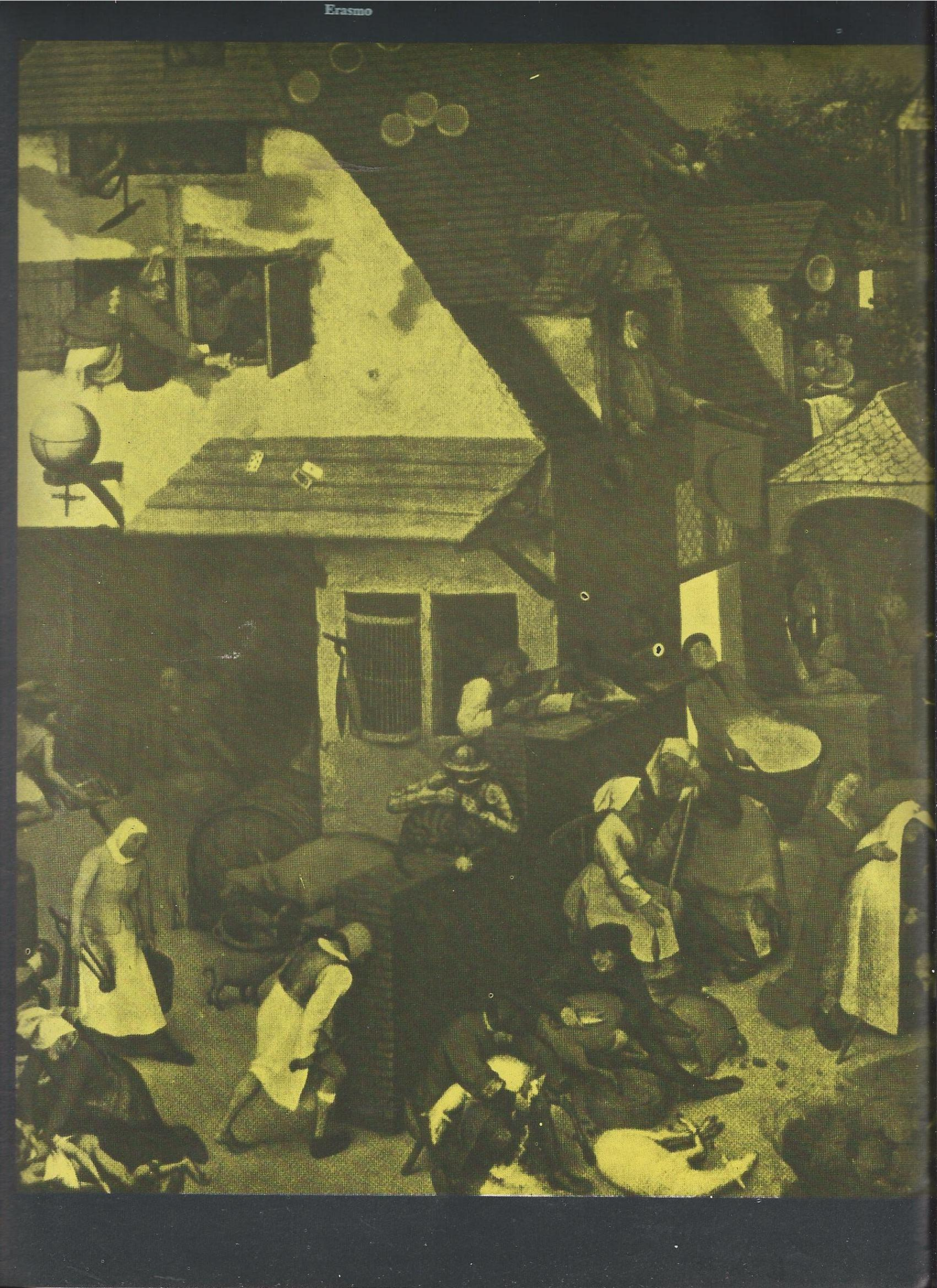
2

3

4

1. Portada de una de las primeras ediciones del Elogio de la locura (París, Bibl. Nac.).

2, 3, 4. Tres ilustraciones de Holbein para el Elogio de la locura: *el supersticioso; monjes que evitan vino y dinero, pero no a las mujeres; el peregrino que abandona a sus familiares para ir a Jerusalén* (París, Bibl. Nac.).







1



2

en numerosas ocasiones se sometió sin dudarlo a la agotadora labor de tipografía. Los más grandes empresarios de la joven industria, desde Aldo Manuzio a Juan Froben, cuidaron sus afortunadas obras, a las que el autor con frecuencia —es el caso sobre todo de los *Adagios* y de los *Coloquios*— corregía y aumentaba. El éxito no le sonrió menos a sus obras eruditas, como la edición del Nuevo Testamento, que superó directamente a las otras. Por otra parte, además de la genial calidad de sus trabajos y su correspondencia con las necesidades de la sensibilidad y la cultura, Erasmo se impuso también por la cantidad de sus escritos, que se difundieron por toda Europa en flujo continuado durante un cuarto de siglo.

Es muy fácil decir qué proponía el humanista. Que la Iglesia corrigiera radicalmente su intervención en la esfera político-social, renunciando a la sed de poder, al lujo desmesurado, al nepotismo. Que el folklore de ceremonias, votos, procesiones, indulgencias, fuera reducido en modo severo para poner en primer plano la observancia efectiva de las virtudes evangélicas. Que la cultura teológica se reformara, abandonando las añejas y ya estériles doctrinas escolásticas para dedicarse al estudio histórico y filológico de la Escritura. Que, en fin, los cristianos no hallaron más el pretexto para exterminar a sus propios semejantes por ser heréticos, turcos o paganos.

La amplitud de estas perspectivas era tal que no asombra verlas solamente esbozadas. Ya era empresa decisiva el haberlas expresado con claridad y equilibrio. Los siglos posteriores han demostrado que muchas de ésas indicaban las misiones del futuro, y probaron además que se necesitaban centenares de años para realizarlas por lo menos en parte. Aquella Locura que Erasmo había tratado de señalar a los contemporáneos a fin de que se guardaran mejor era realmente inseparable de la historia humana como de la conducta individual. Sin embargo, aquel nuevo buen sentido colectivo en nombre del cual el humanista había levantado tan alto y públicamente su voz, debía constituir uno de los filones más preciosos de la civilización moderna. Comprometidas las sugestiones evangélicas por una coyuntura desfavorable, la obra erasmiana trasmitió a las generaciones siguientes una capacidad de sentido crítico y de autonomía de juicio que ya no se extinguiría más y que por intermedio de hombres como Montaigne y Charron debía llegar a Voltaire y a otros. ¿Es necesario decir que el *Elogio de la Locura* tuvo aún cerca de cuarenta ediciones en el siglo XVII, más de sesenta en el XVIII y renovadas decenas en la actualidad?

Durante su larga permanencia en Inglaterra —época en la que también fue profesor de griego en el Queen's College de Cambridge— Erasmo preparaba otra obra

En las páginas precedentes:

Los proverbios holandeses, de Brueghel el Viejo.

1. Enrique VIII.

2. Carlos V.

3. Carta de invitación de Francisco I a Erasmo de Rotterdam.

4. Paracelso.

5. Reuchlin.

6. Melanchthon, en un retrato de Cranach.

de gran aliento: directamente una edición revisada del Nuevo Testamento. La originalidad y la osadía de esta empresa consistía no tanto en la publicación del texto griego frente al latín, como en las modificaciones que presentaba de este último. Hacía siglos que ninguno se atrevía a tocar el texto de la *Vulgata*. Erasmo solo se proponía devolverle su aspecto primitivo, eliminando incorrecciones y malas interpretaciones. Pero la *Vulgata* era considerada por todo Occidente como texto sacro, y he ahí que un filólogo si bien docto y pío, se permitía retocarla. Además, en el comentario libre que el humanista agregaba, no faltaban las críticas a las devociones corrientes. Para cubrirse de la animosidad de los teólogos, a la que el *Elogio* había contribuido a despertar contra él, el continuador de Valla tuvo una inspiración genial: dedicar su trabajo —de los que Froben imprimió 3.000 ejemplares— a León X. Este último no era un maestro de filología ni de cuestiones teológicas y por dos veces acordó su aprobación a Erasmo. El Papa en efecto, aceptó la dedicatoria impresa al comienzo de la primera edición del *Nuevo Testamento* y hasta envió una carta de elogio dos años después, en ocasión de la segunda edición (1518). Más tarde, otro pontífice (Pablo IV) haría incluir esta obra en el Index.

Infatigable, Erasmo completaba otra de sus obras mayores, los *Coloquios*, en los que exponía sus ideas personales en modo más extenso y completo que en sus otras obras. Se trataba de diálogos bastante breves sobre problemas diversos, a veces de carácter cultural y otros de gran actualidad. El autor, que descollaba en este género de conversación escrita, preparaba desde hacía muchos años tal trabajo, tan propio de él. El mismo le permitía hablar por interpósita persona y desplegar hábilmente la riqueza y la variedad de sus puntos de vista. El amigo Beato editó sin que él lo supiera la primera serie en 1518, en Basilea, en la imprenta de Froben. Erasmo revisó las ediciones siguientes, agregando de tanto en tanto algún nuevo coloquio. Pero grandes cambios se acercaban a su vida y estaban por implicarlo en una tempestad propiamente dicha.

Galería de retratos

Beato Renano, que fue su primer biógrafo, describe a Erasmo como un hombre de físico bien proporcionado, de tez clara y de cabellos rubios; su fisonomía era agradable, los ojos gris-azules, la voz penetrante.

Alrededor de 1515 el humanista llegaba al mismo tiempo al pináculo de su fortuna, al umbral del bienestar y a la tranquilidad en cuanto a su estado. A comienzos de 1517, gracias a los amigos ingleses e italianos, obtenía de León X la liberación de las consecuencias de su nacimiento "ilegítimo" y la dispensa definitiva de las obligaciones monásticas. Si bien lo había hecho por iniciativa propia desde hacía años, se lo autorizaba ahora a vestirse como sacerdote secular y a llevar los signos de su orden bajo aquella vestimenta, así como a residir fuera del monasterio. La parroquia-solar de Aldington, que recientemente le había otorgado el arzobispo de Canterbury, ciertamente no había solucionado su situación: de las 36 libras esterlinas al año que se podían obtener de renta, Erasmo había cedido 16 al joven sacerdote que debía cumplir efectivamente aquel cuidado de almas. Pero en 1515 el amigo Jean Sauvage, canciller de la corte de Borgoña, le procuraba algo distinto: el cargo de consejero del joven Carlos, que rendía 200 florines anuales. Ello permitió al humanista rechazar una cátedra en la Universidad de Ingolstadt, y escribir para su soberano, *La institución de los príncipes cristianos* (reeditado más de veinte veces antes de la muerte de su autor). Así, él podía también declinar la invitación de Francisco I que deseaba que fuera a París y que se lo solicitaba por intermedio de amigos comunes: Budé y el médico Guillermo Cop. A las rentas de Erasmo se había agregado, en aquella época, una mensualidad de Courtrai. El éxito había llegado luego de decenios de duro trabajo. Habían influido en buena medida los vínculos que el humanista había sabido estrechar con doctos y autorizados personajes de todos los países de Europa. De ello es testimonio un epistolario que, si bien no carece de lagunas, ocupa once volúmenes y suma más de tres mil cartas. Entre sus corresponsales, que superan los mil doscientos, los papas (León X, Adriano VI, Clemente VII) se hallan mezclados con los soberanos (Carlos V, Francisco I, Enrique VIII), los príncipes (Alberto de Brandeburgo, Margarita de Valois, Alberto Pio da Carpi), los más altos prelados (Aleandro, Campeggio, Sadoleto, Bembo, Gasparo Contarini entre los italianos; los cardenales Ximenes y Wolsey, los arzobispos Wahram y Fisher entre otros). Pero un interés no menor presentan sus relaciones con hombres como John Colet, Tomás Moro, Martín Lutero, Rabelais, Hutten, Reuchlin, Melanchthon, Vives, Valdés, Paracelso, Gattimara, Fracastoro, Lefèbvre d'Étaples, Pier Paolo Vergerio, Budé, Giovanni Francesco Pico, Pole.

En la vigilia de la revolución luterana Erasmo era ya el príncipe de la república de las letras, aparte del escritor más conocido y de mayor prestigio. No resulta fácil dar hoy la medida del ascendiente que alcanzara en Europa. Pero piénsese que el sobrio y leal autor de la *Utopía*, Moro, decía en esa época que no podía dejar de sentir orgullo al pensar que llegaría al recuerdo de la posteridad gracias a su amistad y a sus vínculos con el gran flamenco. Su eminente posición fue tenida



4



5



6

1. Erasmo, retratado por Holbein.

2, 3. Dos retratos de Erasmo ejecutados por Dürer: carbonilla, de 1520; grabado, de 1526.

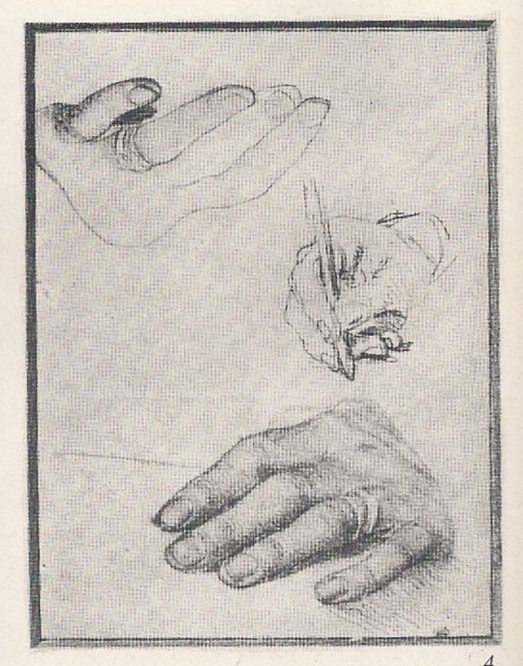
4. Las manos de Erasmo en un dibujo de Holbein (París, Louvre).



2



3



4

muy en cuenta por los monarcas y los gobernantes de la época, muchos de los cuales lo conocían personalmente. Ello le permitió numerosas, si bien discretas, intervenciones en asuntos de importancia, así como una vasta, larga e ininterrumpida, aunque vana, campaña en favor de la paz.

El pacifismo erasmiano, que debía chocar con la brutal realidad político-religiosa del siglo XVI y finalmente desaparecer, fue uno de los principales motivos conductores de su obra. Aparte de cuanto escribe en el *Elogio* y en algunos *Adagios*, publicados en Basilea en 1515, el humanista publicó sobre este tema la *Querela pacis*, y se le atribuyó un libelo que tenía todo el aire de ser suyo: el *Libellus de Julio*. En el mismo se narraba que el guardián del paraíso, Pedro, se había negado a permitirle el ingreso al alma de Della Rovere, por haberse dedicado durante su pontificado a engrandecer sus propios estados con las armas. También en el *Institutio principis christiani* —compuesto contemporáneamente con *El Príncipe* de Maquiavelo— Erasmo recordaba a Carlos, que se convertía en rey de España y emperador, la necesidad de la paz. Al respecto proponía un tribunal internacional ante el cual se arbitraran los conflictos. Por otra parte, fustigó abiertamente la concepción patrimonial vigente entre los monarcas por la cual, por herencias dinásticas aun insignificantes, ellos implicaban en la guerra a pueblos enteros.

De este grande entre los grandes personajes del siglo XVI nos han llegado muchos y significativos retratos. Nos lo representan, es cierto, ya en plena madurez o directamente senil, y nos muestran de él aquello en que se había convertido antes que lo que había sido. La más antigua efigie de Erasmo que nos llegara fue pintada por su coeterráneo Quentin Metsys en 1517, y además, de ella se conserva sólo una copia. Más allá de los rasgos se transparenta un sólido fondo de concentrada serenidad, impregnada de benevolencia. Temperamento reflexivo más que meditativo, él aparece tenso en la búsqueda de la fórmula equilibrada y de la expresión más correspondiente a la imagen de la verdad que persigue. Metsys pintó nuevamente al humanista en un medallón de 1519, donde parece ya posar para la posteridad. En su gesto de prelado Erasmo aparece como desenfocado, un tanto demasiado ausente y un tanto demasiado seguro de sí mismo: pero mira decidido hacia adelante, casi como un líder, en actitud firme.

Alberto Dürer es el segundo artista que ha tratado de retratarlo. En el dibujo de agosto de 1520 su modelo, si bien no latino, está un tanto germanizado por la cuadratura fisonómica y por una solidez de aspecto que tal vez no eran del todo propias del humanista. Se reconoce, de todos modos, su boca fuerte, su aire absorto y soberanamente pensativo, ceñido de desdén si no de altanería. Se diría que Dürer ha tratado de entender y de arrebatar un secreto sin lograrlo, por lo menos enteramente. En el retrato de Erasmo ante su mesa de trabajo, grabado en 1526, el intento düreriano tuvo mejores resultados. Si bien el sujeto conserva cierto aire teutónico, y a pesar de la relativa dureza del medio técnico empleado, el artista ha penetrado mejor en la humanidad del gran literato flamenco, y ha captado un algo de característico, de difícil traducción, pero que se sitúa entre la pensativa serenidad y una profunda meditación.

Al puesto imperecedero de Erasmo en el mundo del arte debía contribuir también Hans Holbein el Joven, quien lo siguiera casi paso a paso en los últimos quince años de su vida. Sus tres primeros retratos son de 1523. El del Louvre es de excelente factura y en el mismo se descubre la absorta y serena atención que le era propia, unida al esfuerzo de traducir con la pluma la pasión moral que lo anima. El humanista es ya anciano, y el gran pintor no lo disimula, como tampoco hesita en destacar su gesto principesco y severo al mismo tiempo. Holbein traicionó mucho menos que otros a su modelo, ya que ha sabido hacer sentir su aparente fragilidad, su seguro y tranquilo refinamiento, mientras lo vertía en el momento creativo de su trabajo. En la tela contemporánea de Longford Castle vuelve la expresión que Metsys había sabido fijar en su medallón. Erasmo posa y no trabaja; sus infatigables manos descansan sobre la bella encuadernación de un volumen *in folio*. Bajo el aparente cansancio, de la mirada un poco velada y como fatigada se desprende en forma recta e inflexible una energía tal vez mayor, ciertamente más atemperada, que la de épocas anteriores. Mientras en el cuadro de la misma época aparecía adornado con anillos y se destacaba sobre un fondo de tapices, aquí está encuadrado por una elegante y robusta columna clásica. Holbein ha representado también en un medallón al gran flamenco, de casi setenta años, encanecido y envejecido. Más allá de las huellas de fatiga y de cierta lejanía malhumorada, su mirada firme, crítica, directa, se une nuevamente a un fondo de severa benevolencia y de energía sin ocaso. Esta vez las vestiduras, el cubre cabeza, no cuentan y sólo sirven para poner de relieve los rasgos marcados pero humanísimos del anciano, que misteriosamente irradia simpatía desde su rostro, y atrae. La efigie más tardía, pintada en la vigilia de la muerte nos lo muestra en un traje forrado en piel de armiño y subraya el rostro enjuto, el aire absorto y triste.

Éste era el hombre que se encontró de frente a Lutero y que en parte había preparado el terreno. Erasmo, que siempre había sido de salud enfermiza, aunque de robusta fibra, no dejó en esta oportunidad de atrincherarse detrás de sus achaques para justificarse ante los papas y los monarcas católicos que lo instaban a combatir. Ciertamente, el combate era impar, pero no porque Lutero fuera el más fuerte y Erasmo el más débil. Se trataba de dos concepciones profundamente diversas del mundo y de la religión que no se podían enfrentar en singular polémica en un salón o en una Dieta, ya que sus campeones se dirigían obstinadamente en direcciones diversas y el choque exterior habría sido más aparente que real.

Un gran publicista

Amigos, retratos, prebendas, grandes ediciones: otros tantos aspectos de la fortuna de Erasmo y otras tantas formas de un espléndido éxito. La base y los motivos profundos del surgimiento de su figura del ya prieto enjambre de literatos, escritores, de publicistas, aparecen bastante claros. Entre las exigencias esenciales de la sociedad de los siglos XV y XVI existía la de hallar una madurez de expresión crítica y una autosuficiencia de juicio moral sobre las grandes cuestiones que la preocupaban: religión, virtud, estado, cultura, humanidad, historia. Esta necesidad de clarificación mental y de revisión ética se imponía particularmente a aquellos que tomaban conciencia, en mayor o menor grado, de que vivían en un mundo nuevo, vuelto a direcciones ya muy diversas del pasado. Éstos constituían una parte considerable de la elite dirigente y del laicado culto o acomodado, un poco en todas partes de Europa pero sobre todo en los países atlánticos.

La necesidad de hacer valer por fin la propia autonomía de juicio era particularmente sentida en los estratos burgueses, es decir, por aquellos hombres que habían sabido en diversos modos crear o consolidar su situación económico-social entre los siglos XV y XVI. Ellos habían conquistado o alcanzado su propia suficiencia en un mundo en vía de ordenación y en plena transformación, donde la inestabilidad política era superada por la confusión imperante en la esfera eclesiástica y en el plano religioso. Frente al enturbiarse y al vacilar de las antiguas guías morales, conspicuo y cada vez mayor era el número de aquellos que creían tener una palabra que decir, para poner orden y hacerse valer.

Erasmo no sólo lo comprendió mejor que cualquier otro contemporáneo, sino que supo, sobre todo, tomar posición en este sentido y darles a estas fuerzas ético-sociales la expresión pertinente, con un estilo esfumado pero eficaz, agradable y, en general, al alcance de todo el que supiera leer. Cuando él publicaba un opúsculo o un volumen, esta robusta conciencia de tantos hombres de su tiempo hallaba las palabras esperadas y las respuestas desea-



1

1. Tomás Moro.

2. De una carta de Tomás Moro a Erasmo del 5 de octubre de 1516 (Basilea, Biblioteca Universitaria).

fasciculo. Bedillus exhibuit mihi eplam ab epo
Basiliesi ad Catuariese, veru no ea, qua respodit
Archiepus, vtraq archetypa; sed hac nimiu archetypa,
qppe ita expucta atq interlita, vt nisi ab eo, q scripsit,
legi omino no possit, atq haud scio an ab illo etia.
Lre tue atq ite mee, qbus hortabamur Lathimeru,
vt vnu aut alteru mense viueret ap Roffensem,
serius ad eu venerat, qppe q ia decreuerat Oxonia
petere, quod vti ~~transferret~~ tantisp differret, nullo pacto
quiuit psuaderi. Scis ~~huius phi~~ q immutabiles sibimet leges
~~sint~~ sunt sua decreta credo quod delectetur cōstatia. placet
ei vehemeter tua conuersio Noui Testameti, in qua tu

huiusmodi Philosophis

Chapitre.xxxiii Fueil.lxiiii

Du nombre des folz infiny. Cha.xxxiii



Brief pour la matiere deduyre.
Je diray que cest grant encombre.
Car ie voy infiny le nombre
Des folz esquelz ie me voy liure.

K.iii.

1

Des louenges de follie.

De la diuinite de follie. Chapitre.v.



Lauctorite & la puissance
De follie sont estimees
Comme maiestez incr[illegible]
Transcenda[illegible] e humaine iactance.

2

3

das. Tal fecunda relación entre un gran escritor y los estratos laicos de su tiempo constituía un juego abierto y vital, además de nuevo. Y nuevas en gran parte eran las fórmulas propuestas: de la "filosofía de Cristo" al irenismo, del llamado a los deberes de los soberanos (que debían considerarse los primeros servidores de la comunidad) a aquél por la tolerancia, de la renovación filológica y clásica de los estudios a la confianza en el progreso ético-social de la humanidad. Un conjunto que, sin formar una sistema rígido, iluminaba por su claridad y vencía por su concreta verdad.

Como los estratos de los que él era alta expresión, y que deseaban afirmarse en el mundo que se renovaba sin perturbarlo, el humanista no pedía reformas demasiado precisas o demasiado drásticas. Él se confiaba al libre desarrollo de las tendencias más válidas de la sociedad, así como a aquellos grupos cada vez más compactos de eruditos y de hombres cultos que debían formar —en los renovados institutos escolásticos y culturales de todo grado, en la vida cotidiana— las guías laicas y autónomas de su generación. Su defensa de la cultura clásica, el infatigable trabajo de difusión de las obras antiguas no se derivaban solamente de la conciencia precisa de su función actual y civil, sino de la exigencia de imponer a la comunidad el prestigio de los estudiosos y los doctos, de asegurarles a éstos un rango y una base económica.

A pesar de la aversión cada vez más rencorosa de grupos jactanciosos e ignorantes de teólogos, Erasmo no veía como adversarios a los hombres de iglesia, pero no toleraba que vivieran como parásitos. Por ello hizo todo lo posible, con la ironía y con el llamado a los principios, para impulsarlos a reingresar en su esfera y a cumplir también ellos una misión social. Deseaba introducir en el mundo de la iglesia su exigencia de seriedad con métodos de estudio más sólidos y sobre todo con costumbres que correspondieran efectivamente a su doctrina. En la base de la visión erasmiana aparecía así una sólida convicción que le era propia desde su juventud, cuando frecuentaba la escuela de los Hermanos de la Vida Común y que era típica del ambiente en que se había formado: que ninguna categoría, ni siquiera el clero, podía pretender tiranizar a las otras, y que los miembros de cada una debían desarrollar dignamente sus actividades en convivencia cada vez más armoniosa. Era la mentalidad abierta de una clase que se había liberado de muchas servidumbres y que tomaba conciencia ahora de no deber depender ni siquiera moralmente de ningún otro. El humanismo le había proporcionado a este ambiente social una alternativa cultural suficientemente sólida; un redimensionamiento se imponía con igual fuerza. Pero he ahí que

el mismo asumía de pronto el ritmo perturbador de una reforma eclesiástica radical y, si bien interpretando algunas de las exigencias de autonomía espiritual, enarbolaba al mismo tiempo la bandera de un encendido recrudecimiento cristiano, exclusivista, nuevamente dogmático. Dios era llamado nuevamente a la causa. Pero el Dios de Lutero y de sus adeptos no era el de Erasmo y el de los laicos, y este último no era el de la antigua iglesia medieval. Igualmente diversos eran los modos en que cada grupo concebía la religión, el culto, la función eclesiástica.

Como es bien sabido, desde el comienzo no hubo diálogo entre las diferentes posiciones. Pero generalmente se constata que el erasmismo —y con el mismo la suma de tendencias que se resumían en el mismo— proporcionó el argumento para el conflicto drástico entre la Iglesia de Roma y las Iglesias protestantes. En Lutero, quien inicialmente había gozado de su estima sincera y al que por algún tiempo había defendido por lo menos indirectamente, Erasmo terminó por ver a la persona que comprometía el libro juego éticosocial que él interpretaba y promovía y que arruinaba las perspectivas del mejor desarrollo de la civilización. Soberanamente lúcido, el humanista comprendió además que su mensaje y su programa no habrían podido convivir con la virulenta religiosidad despertada por Lutero y por él una vez más encerrada bajo los sellos teológicos. Pensó, entonces, elegir el mal menor, permaneciendo de parte de Roma, es decir, de un organismo eclesiástico que aún no había manifestado las regurgitaciones de la piedad contrarreformística y que parecía no tener ya suficiente vitalidad para enfocar o proscribir a la nueva cultura laica.

Luego de una larga estadía en Brabante, en otoño de 1521 Erasmo atravesó a caballo el valle del Rin para ir a establecerse en Basilea, ciudad a la que ya había apreciado grandemente con anterioridad. Allí pasaría ocho años, huésped primero de Froben y luego en una tranquila casa de la ciudad alta. El año siguiente se ocupaba de una tercera edición de los *Coloquios*, de la que se venderían 24.000 ejemplares, sin duda, una cifra enorme para la época. Aunque la tempestad luterana agitaba bastante a las Facultades teológicas, la de Lovaina halló el tiempo necesario para juzgar la obra erasmiana y declararla inadecuada para los jóvenes. También la Sorbona planteó problemas. A medida que el luteranismo se afirmaba, se miraba con creciente sospecha la acción calma e independiente del humanista. ¿No estaba también el fogoso dominicano Stunica que, al ver a Erasmo siempre protegido por los pontífices, lo atacaba inmediatamente cuando uno de ellos moría y hasta que el sucesor lo obligaba a callar?



4



Der Prophet Hesekiel. LXXXI

I.

M dreissigsten jar am funff ten tage/ des vierden monden/ da ich war vnter den gefangenen am wasser Chebar/ thet sich der himel auff/ vnd Gott zeigt mir gesichte/ Der selb fünffte tag des monden/ war eben im fünfften jar/ nach dem Joachin der König Juda war gefangen weg gefüret/ Da geschach des HERRN wort zu Hesekiel dem son Busi des Priesters/ im lande der Chaldeer/ am wasser Chebar/ daselbst kam die hand des HERRN vber jn.

Vnd ich sahe/ Vnd sihe/ Es kam ein vngestümer wind von mitternacht her mit einer grossen wolcken vol feurs/ das allenthalben vmbher glentzet/ vnd mitten jnn dem selbigen feur was er gantz hell/ vnd darinnen war es gestalt/ wie vier thiere/ vnd vnter jnen eines gestalt/ wie ein mensch/ Vnd hatten vier angesichte vnd vier flügel Vnd jre beine stunden gerade/ aber jre füsse waren gleich wie ochsen füsse/ vnd glintzeten/ wie ein glanch ertz/ Vnd hatten menschen hende/ vnter jren flügeln/ Denn sie hatten vier angesichte vnd vier flügel/ vnd die selbigen flügel/ war ja einer an dem andern/ Vnd wenn sie giengen/

5

1, 2. *Del* Elogio de la locura, *ed. 1520; dos grabados.*

3. *Casa de Anderlescht, donde Erasmo pasó un tiempo como huésped de Pierre Wismann, convertida ahora en Museo de recuerdos erasmianos.*

4. *Lutero.*

5. *Una página de la Biblia que perteneciera a Lutero.*

1. Juan Frobenius, en un retrato de Holbein.

2. Erasmo y Gilbert Cousin (Cognatus), su secretario de Anderlescht (París, Bibl. Nac.).

1



2

Erasmo y Lutero. Humanismo y teología reformada

Era demasiado pronto para hablar de "causa" católica; la situación era más fluida y la ruptura entre Roma y los reformadores alemanes no parecía consumada. Si bien éstos habían hecho todo lo posible para atraerlo hacia su campo y para comprometerlo ante la opinión pública, Erasmo no había sido jamás atacado por Lutero. En cambio fue él mismo quien tomó la iniciativa y midió la distancia que los separaba publicando en 1524, en la editorial de Froben, el *Sobre el libre arbitrio*. No se debe pensar que se trata solamente de una disputa teológica o de interpretación de la Escritura. Al comienzo del siglo XVI todavía era imposible prescindir del empleo de cierto lenguaje filosófico-religioso en la discusión de los problemas morales. El humanista había mostrado en toda su obra cómo se podía o se debía prescindir de aquella armadura mental envejecida. Trató de hacerlo también entonces y se ganó la desdeñosa protesta del adversario, quien lo tachó de ignorante en teología. En realidad, Erasmo no era tal, pero deseaba ignorar por lo menos en parte y no tomar más en la misma consideración algunos postulados impuestos por siglos por la teología.

La discusión versaba, en efecto, sobre la capacidad del deseo humano de obrar el bien. Pero el concepto de bien era totalmente diferente para los dos contendientes. Para Lutero debía considerarse tal solamente la obediencia a la voluntad divina; el hombre era concebido no sólo como criatura sino como ser caído a continuación del pecado original. Para Erasmo, en cambio, el bien es una conquista humana incesante, histórica: no hay para él dos verdades distintas (la del mundo y la de Dios), ni dos sabidurías. Lutero tomaba terriblemente en serio el pecado de Adán. Proclamaba, por lo tanto, que ninguno de sus descendientes tenía ya la fuerza para recorrer el camino de la virtud, ninguno poseía en sí mismo la capacidad para mejorarse. Era necesario la fe que salva y la gracia; es decir, el agrado que Dios acordaba a quien había predestinado.

El reformador aseveraba que todo ello estaba afirmado en la Escritura; su adversario lo negaba. Mientras Lutero ostentaba su magnífica certeza, también deseaba hacer admitir que él hablaba en nombre de Dios y que era necesario, por lo tanto, escucharlo atentamente. Erasmo se rehusaba a aceptar la doctrina de la predestinación, tachando de curiosidad sacrílega la pretensión de penetrar tal misterio. En realidad, deseaba prescindir totalmente de dogmas o postulados capaces de obstaculizar el camino a sus intuiciones éticas. Que el hombre tuviera toda la confianza en la misericordia divina y en la providencia, pero que en tanto actuara practicando la virtud. Mientras Lutero deseaba mantener al hombre unido a la concepción cristiana de Dios, y a la tiranía de sus intérpretes, el humanista ya no la soportaba. Frente al armamento conceptual de los teólogos comenzaba a manifestar cierta dosis de escepticismo, arma mental eficaz y apta para proteger el alejamiento laico de una parte de las creencias tradicionales. El Dios que a Lutero le parecía claro y justo era, en otros aspectos, arbitrario e incomprensible. Lutero lo reconocía: pero, entonces, ¿no bastaba con decir que sus secretos son insondables? ¿No eran tales también los que él intentaba descifrar? ¿No era mejor contentarse con una teología más lenta, metódica, positiva, y en tanto suspender el juicio? El humanismo había reforzado desde hacía más de un siglo la tendencia fundamental, manifestada por Occam, a considerar inconocible a la divinidad. La verdad del creyente, absoluta, metafísica e inactual, estaba siendo reemplazada por la necesidad de una verdad relativa, crítica y funcional, totalmente humana. Ciertamente, al disociarse de Lutero el humanista flamenco se veía empujado hacia la Iglesia romana aún más de lo que hubiera deseado. Pero no se le escapaba que ésta se había convertido sobre todo en una institución social; contaba, entonces, con poder darle un mayor desarrollo más libre a su religiosidad en el interior de un ordenamiento al que la usura secular había tornado menos exigente, que en el cuadro de una confesión exasperada.

Durante los últimos años, aunque luchando todavía por el programa que había esbozado y promovido en los decenios transcurridos, Erasmo continuó profundizándolo interiormente, a pesar de las amarguras que le causaba verlo cada vez más amenazado. Entre aquellos que lo habían congratulado por el ataque a Lutero con el *Sobre el libre arbitrio* (Fernando de Austria, Jorge de Sajonia, Sadoleto) figuraba otro *defensor de la fe*, Enrique VIII, el mismo que diez años más tarde habría separado a Inglaterra de la obediencia a Roma. A poco se unió a ellos Carlos V, cuando el humanista publicó la segunda parte del *Hyperaspites* [Protegido por el escudo] contra la réplica de Lutero, *Sobre el siervo arbitrio*. Pero otros ya no dudaban en reprocharle la responsabilidad de haber abierto el camino para el cisma: desde el italiano Alberto Pio da Carpi al francés Noël Beda, con los que la controversia fue larga y desagradable. Erasmo no soportaba fácilmente los ataques y no hallaba motivos para dejarlos caer en la mediocridad de los adversarios. ¿Qué decir de Pietro Cursio, que había asumido la lucha contra él para defender a los italianos, definidos como no belicosos en uno de los *Adagios*?

La reforma turbó la permanencia del humanista en Basilea, ya entristecido por la desaparición del amigo Juan Froben en el otoño de 1527. En la primavera de 1529 decidió abandonar la ciudad y trasladarse a la no muy lejana de Friburgo, donde adquirió una casa y tuvo como secretario al joven Gilbert Cousin. Sin embargo, la ciudad renana y la tipografía de los Froben debían atraerlo nuevamente. En litera, Erasmo volvía seis años después, y permanecería hasta que, sin servicios católicos, las autoridades y el pueblo depusieran sus despojos en un ángulo del templo mayor.

Erasmo no había desplegado menor actividad en esta última parte de su vida. Sólo en el período de Friburgo, por ejemplo, imprimía obras de Demóstenes y Cicerón, Jenofonte y Terencio, San Basilio, San Gregorio, San Hilario, Luciano, Tolomeo. Continuaba así devolviendo a la actualidad cultural las dos antigüedades, clásica y cristiana, que los *Coloquios* sublimaban literariamente.

Salvación religiosa y sociedad humana

El riquísimo epistolario, varios escritos totalmente o en parte autobiográficos, así como la serie de los *Coloquios* nos muestran el camino interior de este hombre y también su drama. Se hallaba, en efecto, preso, a pesar suyo, entre el cristianismo ancestral y el delinearse consciente de una visión diversa del mundo, en la que la ética intentaba reemplazar a la religión, reservándole a esta última un sector circunscripto a una humanidad inferior. Era uno de los problemas dominantes de toda la época, del siglo XV como del XVI. Y uno de sus aspectos más agudos era el de la supervivencia. ¿Qué quedaba del individuo, con cuál realidad se reunía su acción terrestre, y cuál era, entonces, su verdadero sentido?

Es oportuno recordar que, al igual que Valla, Erasmo no consideraba más el mito del Paraíso como una perspectiva inderrogable y sustancial. El humanista no le acordaba a la figuración cristiana, tan combativa pero sobre todo unilateral, un alcance superior al de la socrática y hasta de la epicúrea. Lo esencial consistía en actuar en forma recta, *aquí y ahora*: las diversas formulaciones de las supervivencias debían ser evaluadas en base a su eficacia cotidiana y concreta. Por ello la búsqueda de la felicidad propia de un epicureísmo bien entendido no le parecía diferir de la común búsqueda de la beatitud por parte de los fieles; Sócrates constituía un modelo de vida sana no inferior que aquellos a los que la Iglesia veneraba.

Por otra parte, ¿no era una de las principales ventajas de la locura y del estado de naturaleza la ausencia del temor a la muerte y de las preocupaciones por el más allá? En este modo sólo formalmente paradojal toda una serie de generaciones, desde las de Gelli y de Montaigne en adelante, se disponía a exorcizar, a su modo, el temor de la nada. Si bien había



1

2



3

avanzado esta perspectiva en el *Elogio*, la seriedad de la vida permanecía, para Erasmo, profundamente ligada al pensamiento de su expirar físico. La escatología cristiana, ya claramente en crisis en la conciencia laica, muestra aún en él toda su fuerza. Al admirador de Terencio no le desagrada la representación de la experiencia humana como *fabula* o comedia: pero en el fondo de la misma está siempre el sentimiento de que un día caerá el telón sobre la misma. Ahora, Erasmo se encuentra en una encrucijada espiritual del más alto interés: por un lado los casos de su existencia lo han conducido a realizar un "arte de morir" propiamente dicho; por el otro, ha comprendido que la salvación podía y debía ser obtenida de otro modo. Durante su primer viaje a París, cuando apenas contaba treinta años, Erasmo se había sentido rozar por la muerte, que en su tiempo hasta una fiebre no muy grave podía procurar. Un alejamiento muy neto de los intereses mundanos, una conversión hacia Dios habían sido los efectos mayores de la sacudida sufrida. El joven se había hallado en el estado de ánimo de quien es sorprendido en falta y considera necesario probar, en una forma u otra, que ha entendido la advertencia: sobresalto de una conciencia adormecida o distraída, pero cuya vigilia está aún intacta cuando un brusco movimiento la sacude. Era una reacción de naturaleza ancestral, luego de siglos de cristianismo. Diez años después, como bien lo atestigua el *Sobre los inconvenientes de la senectud*, de 1506, un desgarrón interno de la confianza en la duración física y la revelación de la declinación, que puede ser aún más rápida que el veloz paso de los años, le habían despertado, de pronto, la sensación del comienzo de la vejez. La autoobservación de sus propios sufrimientos lo llevaba a una visión más crítica: ¿era admisible que la conciencia moral sólo se despertara seriamente bajo la amenaza de la muerte? Pero su sensibilidad de cristiano mostraba toda su resistencia, induciéndolo a creer —como lo habían afirmado generaciones de tratadistas— que la oferta consciente del dolor físico constituye la mejor moneda para ganar la beatitud.

Por otra parte, el humanista ha percibido los límites de su holocausto. Él ha insistido en ofrecerle a Cristo sus propios dolores físicos, impulsados por la exigencia de tomar provecho de todo suceso interior. Aún continuando en el pensamiento de la muerte y del alma cuando el organismo lo obliga, Erasmo se ha negado a fundar su propia conducta moral en el más allá. Bajo la conciencia de la caducidad humana y bajo la esperanza de la beatitud aflora ahora, bien firme, la fe en la misión temporal del hombre. Existe una *recti conscientia* [conciencia de lo que es justo] sobre la que el individuo descansa cuando se le presenta la eventualidad de aban-

ER · ROT

TERMINVS

Pallas Apellaam nuper mirata tabellam,
Hanc ait, eternùm Bibliotheca colat.
Dædaleam monstrat Musis HOLBEINNIUS artem,
Et summi Ingenii Magnus ERASMUS opes.

4



5

1. *Erasmo en el lecho de muerte, retrato anónimo* (Museo de Haarlem).

2. *Carta de Erasmo a un amigo, del 11 de abril de 1534. En la postdata Erasmo expresa su sospecha de que su correspondencia sea abierta.*

3. *Retrato de Erasmo de la* Cosmographia *de S. Münster, censurado por la Inquisición Española* (Madrid, Bibl. Nac.).

4. *Erasmo con el dios Terminus, en el grabado realizado por Holbein, 1535.*

5. *Medallón de Quentin Metsys: anverso, retrato de Erasmo; reverso, el lema de Erasmo y el busto del dios Terminus.*

donar la permanencia terrena o, más simplemente, el desaliento lo acecha. Si la misma no parece suficiente en sentido absoluto —porque su juicio parece condicionado por el divino— se puede desde ahora afirmar el primado del actuar sobre el soportar. La iniciativa moral es la base de la salvación. Cuando la muerte se acerca, la ofrenda de sí mismo tendrá tanto más valor en la medida en que esté precedida por una vida virtuosa; esta última, es ya de por sí un holocausto grato al Señor, mientras la sinceridad de aquellos que provocan las desventuras y la agonía es, por lo menos, dudosa.

Así, Erasmo se rehusa a centrar la vida en torno a la muerte y al consiguiente juicio divino para situarla en modo resuelto en el plano de la recta conciencia. Aunque sin hallar otra solución que la cristiana para un problema que para él es fundamental —la muerte—, considera, sin embargo, que la virtud humana tiene su autonomía. Para realizar la caridad y los otros preceptos evangélicos en las innumerables situaciones concretas, la única guía es la propia conciencia justa.

En su acepción más vasta, esta última —aparte de la conciencia del bien obrado— comprende el juicio favorable de los otros y la certeza de contribuir a la gloria de Cristo; es decir, que la misma hunde sus raíces en la aprobación de una comunidad. Una acción responde a la recta conciencia cuando satisface exigencias humanas que sobrepasan al individuo y se le imponen por sí mismas. La dignidad y el valor del individuo están en relación directa con la contribución que aporta a la *societas christiana*, entendida en sentido muy lato, casi más laico que eclesiástico, como conjunto de los "buenos". La recta conciencia erasmiana permanece fundada en la convicción de ser útil a los hombres en cuanto cristianos; pero recíprocamente, de promover el mejoramiento de la sociedad y el modo más justo de realizar el cristianismo.

La tensión íntima de Erasmo se agudizaría en los primeros años de la revolución luterana, cuando se le impuso una elección superior a sus fuerzas. Este espíritu dúctil y vigoroso, que parecía haber alcanzado la ardua meta del humanismo cristiano, se veía destrozar ante los ojos de la cristiandad misma. Pero lo sostuvo la convicción de que si no olvidaba nunca la gloria de Cristo, remitiendo a él su propia suerte eterna, el Juez divino le concedería su misericordia. La elección de los medios concretos para hacer triunfar la causa divina le correspondía por derecho pleno al hombre que había dominado los apetitos de la carne. Tal justo no debía ser forzado en el orden de las leyes comunes ni ser juzgado en el mismo plano que los débiles. El hombre espiritual no era necesariamente aquel que ha recibido las órdenes; la inspiración divina a la que éste hace apelación no sólo es concedida a los laicos, sino que fue acordada también a los antiguos.

Un símbolo de libertad intelectual

Del análisis de estas íntimas convicciones erasmianas surge claro ahora el motivo profundo que lo había inducido a individualizar su propio símbolo en la imagen del *Terminus*.

Aquello que Erasmo había deseado realizar durante toda su existencia, y bajo todos los aspectos, era el tomar parte por sí mismo, el no abdicar nunca a la propia iniciativa y a la propia independencia mental. Así, se había sentido feliz de hallar en Livio una confirmación de aquello que ya le habían dicho en Italia a propósito del *Terminus*: que este dios de los cipos campestres nunca podía ser trasladado, siendo inviolable la propiedad que medía y protegía.

Irrenunciable era para el humanista la búsqueda de los medios necesarios para la consecución de la mejor convivencia social, y por lo tanto era inviolable su independencia de juicio, que era la única que podía permitirle individualizarlos. El *Terminus* erasmiano ya tomó forma precisa en el anverso del medallón sobre el cual Quentin Metsys había esculpido su efigie en 1519. Se trata de un basamento cuadrado a modo de busto sobre el que se apoya una cabeza joven con los cabellos al viento. El lema *No transijo* figura casi como un desafío. En el dibujo que Holbein, a pedido del humanista, realizó alrededor de 1525, el desafío ya es evidente, junto con la certeza de vencerlo. La cabeza de *Terminus* se parece a Erasmo, pero transfigurado para acceder al mágico reino de los símbolos. En esta tentativa de eternizar al humanista, además, es claro el propósito de fundir sugestiones con signos cristianos. Mientras un arco rodea al cipo y circunscribe terrenalmente su espacio, la mirada del dios *Terminus* está dirigida hacia el cielo y una aureola de rayos lo circunda.

Holbein volvió a su proyecto en 1535, en la vigilia de la muerte de Erasmo. Se trata de un cuidado grabado, también rodeado por un arco romano, en cuya base hay figuras con cornucopias, ornado por festones con abundantes frutas, una cabeza de niño en la parte superior y dos cariátides sobre las columnas que lo sostienen. Pero lo que caracteriza la composición y la torna sumamente significativa es la doble presencia de Erasmo y de *Terminus*. El humanista muestra un aire fatigado, y la mirada suspendida. Pero se mantiene recto y apoya su derecha sobre la cabeza del joven de robusto torso desnudo, ya sea para indicar que él posee un espíritu joven e imperecedero, ya sea para demostrar su confianza en las generaciones que seguirán y para las cuales su independencia de juicio ha puesto las raíces; en el acto, en suma, de presentarlo como hijo carnal y espiritual al mismo tiempo: imagen de lo que él ha sido y de lo que continuará siendo

Bibliografía

La edición más completa de los escritos de Erasmo sigue siendo la que apareciera en Leyden entre 1703 y 1706, en 10 tomos y 11 volúmenes en folio (Desiderii Erasmi, *Opera Omnia*, Joannes Clericus ed.). También se debe mencionar a continuación la edición completa de las cartas, aparecida en 12 volúmenes en Oxford entre 1906 y 1958 (*Opus epistolarum*, ed. P. S. Allen, E. M. Allen y H. W. Garrod). Una lista sumaria de las diversas ediciones de las obras de Erasmo se halla en la *Bibliotheca erasmiana*, Gante, 1893. Para las obras más recientes sobre el humanista, cfr. Jean Claude Margolin, *Douze années de bibliographie érasmienne (1950-1961)*, París, 1963.

Para el estudio de los diferentes aspectos de la obra erasmiana:

M. Mann, *Erasme et les débuts de la réforme française*, París, 1933; A. Renaudet, *Erasme, sa pensée religieuse et son action d'après sa correspondance (1518-1521)*, París, 1926; id., *Etudes érasmiennes*, París, 1939; id., *Erasme et l'Italie*, París, 1954; L. Gautier Vignal, *Erasme*, Dijon, 1936; R. Newald, *Erasmus Roteradamus*, Friburgo, 1947; N. Petruzzellis, *Erasmo pensatore*, Nápoles, 1948; A. Hyma, *Renaissance to Reformation*, Grands Rapids (Michigan), 1951; M. M. Philips, *Erasmus and the Northern Renaissance*, Londres, 1949; S. A. Nulli, *Erasmo ed il Rinascimento*, Einaudi, Turín, 1955.

En español:

Erasmo, *Coloquios*, ts. I y II, Espasa-Calpe, Madrid, 1958; *Elogio de la locura*, Espasa-Calpe, Madrid, 1964. También para un análisis de la obra de Erasmo, M. Bataillon, *Erasmo y España*, F.C.E., México-Bs. As. 1957; F. Romero, *Historia de la filosofía moderna*, F.C.E., México-Bs. As., 1959.

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 114 al Nº 104 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 103 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50